

Tela

MIS MEJORES CUENTOS

P A R A L O S N I Ñ O S

DEL MISMO AUTOR

LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA (Teatro infantil)		
	1ª. Edición	1924
	2ª. „	1928
	3ª. „	1931
FABULAS EN ACCION (Teatro infantil)		1927
PADRINO (y otros cuentos para niños)		1929
EL ULTIMO CASTIGO (Cuentos para padres y maestros)		1929
JOYITAS (Recitados para los jardines de infantes)		1930 Agotado
TEATRO HISTORICO INFANTIL		1931
MIS MEJORES CUENTOS (para los niños), 1ª. Edición		1932
	Edición definitiva	1932

EN PRENSA

JOYITAS (Recitados para los jardines de infantes), 2ª. Edición

EN PREPARACION

EL NIÑO ESTRELLA (Comedia para niños)

FABULARIO

REPERTORIO LIRICO INFANTIL

VIDAS EJEMPLARES (Contadas para los niños)

EN COLABORACION CON PEDRO A. INCHAUSPE

TIERRA VIRGEN (Método Gradual de Lectura para 5º. y 6º. grados).

JUGANDO (Texto de Lectura para 2º. grado).

VOCES DE HOMBRE (Texto de Lectura para Escuelas de Adultos).

GERMAN BERDIALES

8/1-

MIS MEJORES CUENTOS

P A R A L O S N I Ñ O S

29.096

EDICION DEFINITIVA 6°. MILLAR

DONACION
DE
1^o Expositiva
de Libros
para Niños

A. GARCÍA SANTOS - BOLÍVAR Y MORENO
BUENOS AIRES. - 1932

(35)
100 x 244

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

SU PRIMERA CARTA

A Oscar Soldati, espíritu puro y amigo cordial.

COMO el tren viene entrando ya, Lorenzo, el peoncito de la estancia «Santa Cecilia», castiga a la yegua y, apenas llega ante la puerta de la estación, salta ligeramente del sulky y corre hacia el andén, al ras del cual acaba de detenerse el trepidante convoy.

Aunque no conoce a las viajeras cuya conducción hasta «Santa Cecilia» le ha encomendado el patrón, el chico se acerca a una señorita y una niña elegantemente vestidas que, empinándose en el estribo de un coche de primera clase, pasean miradas ansiosas sobre la movediza muchedumbre que obstruye por completo la plataforma.

—¿Para la «Santa Cecilia», señorita?

—¡Ah! ¿Vos sos de la estancia?

Minutos más tarde, cargados los innumerables paquetes, cajas y maletas que componen el equi-

paje de las viajeras, vuelve el coche hacia la estancia. Lorenzo, atento a las riendas, contesta lacónicamente a las mil preguntas que las recién llegadas le hacen. Sin poder evitarlo, responde de mala manera a la niña cuyo porte desenfadado y altanero le disgusta sin saber por qué.

—La pretensiosa esta ¿qué se habrá creído? — piensa, y dispuesto a demostrar que él también vale algo, se ciñe la blusa «corralera» que lleva, dejando así visible el gran cuchillo que le estaquea la espalda.

Y obtiene su objeto porque, entonces, la niña grita asombrada:

—¡Oh! ¡Mire, tía, tan chico y ya usa cuchillo!

—¡Ajá! — comenta apenas la señorita.

—Las armas son necesarias... ¡pero nadie sabe cuando! — canturrea Lorenzo entre dientes. Y, satisfecho del éxito logrado, anima a la yegua gritando:

—¡Vamos, «China»!

—¡Ah! ¿Es yegua? — pregunta la niña por decir algo.

—Sí, niña. ¿No ve el potrillo?

—¡Oh! ¡Qué precioso! Se lo voy a pedir a mi tío en cuanto lo vea...

—Ya me lo ha dado a mí el otro día...

La viajera no puede disimular su despecho, y hace una mueca.

El triunfo del peoncito es completo. ¡Qué se habrá creído la pretensiosa esta!

—¿Así que te quieren mucho en «Santa Cecilia»? — inquiera la señorita.

—¿Por qué me van a querer? — responde Lorenzo entre picado y provocativo.

—Digo... como mi hermano te regala potrillos...

—¿Potrillos? Me regaló éste pa que lo amanse y tenga caballo de andar; lo necesito pa'l trabajo.

—Pero, ¿te quiere?

—¿El potrillo? Mucho...

—No, digo, si mi hermano te quiere...

—Regular nomás...

—¿Y tenés parientes en la estancia?

—No, mi mama y los chicos están en el monte.

—¡Ah!

—Mire, por allí viene el patrón...

En efecto, un jinete viene al encuentro del sulky.

II

—¡Véanla a la pretensiosa esta!... ¡Ni andar a caballo había sabido y tanto orgullo! ¡Si eso es lo último! ¿Acaso cualquier chinita del monte no jinetea casi como yo? Sin ir más lejos, ahí está la Ramona, que apenas tiene seis años, y hay que verla

andar a caballo entre el monte... —Así monologa Lorenzo mientras remienda una vieja cincha.

El sol castiga la tierra a esta hora terrible de la siesta estival. Los animales marchan pesadamente buscando la sombra para echarse.

—Pero es linda la niña, pa qué vamos a negarlo... Como linda es linda, más linda que la señora y la señorita juntas. ¡Bah! ¡Ya me corté! ¡También!, yo no sé en qué estoy pensando... Lorenzo, Lorenzo... cuando se maneja un cuchillo tan filoso como éste hay que tener cuidao — hace una pausa buscando un tiento que, como una lombriz, se disimula en la tierra .

—Es linda, sí, pero ¡qué antipática! ¡Uf! Ella es la única que vale en el mundo. ¡Me hace reir! Después uno le dice: Niña, ¿quiere montar? — ¡Ay, no sé! — ¿Quiere que saltemos el arroyo? — ¡Ay, yo no puedo! — ¿Vamos a cazar peludos esta noche? — ¡Ay, tengo miedo! — ¿Vamos a robar nidos? — ¡Ay!, ¿y si me caigo?... ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¡Eso no es una chica, eso es un merengue! Mejor que se calle la boca y deje tranquila a la gente. ¡Lo que es yo, no la aguanto más! A mí no me pagan pa que la sirva... Yo soy un «mensual» de la estancia como Antenor, como Don Valentín y como el «Rubio»...

A esta altura de su monólogo oye chirriar una puerta y ve a Sarita que, por ella, sale al patio dando un gracioso saltito. Se le ocurre que así, alegre y liviano, escaparía un tordo de la jaula.

Sarita viste un corto delantal blanco y resguarda su cabeza con un gran sombrero de paja. Poniendo un gentil dedito sobre la diminuta brasa que es su boca fruncida, la niña impone, más bien que pide, silencio a Lorenzo. Luego, en puntas de pie, corre hacia él, lo toma de la mano y lo remolca, quieras que no, hasta la tranquera. Cuando la trasponen, y como él intenta hablar, lo amordaza con su menuda y perfumada mano. Y al soltarlo metros más allá, le dice autoritariamente:

—Acompañáme hasta el tanque grande, quiero ver los pescaditos.

Echando en olvido su enojo y su fiereza de hace poco, el niño obedece. En el camino levanta un alambre para construir el ingenioso aparato de pesca que tiene inventado. Ya en la proximidad del tanque, busca una arpillera o un tarro vacío, cualquier cosa que pueda servirle para atrapar los pintados pececillos. Como por allí no encuentra nada que le convenga, decide valerse del sombrerote de Sarita, pues ella se lo permite.

Al sumergirlo, ven huir a los peces: en todas di-

recciones escapan los vibrátiles esmaltes rojos, blancos, azules. Es un feérico espectáculo el que ofrecen estas joyas lanzadas a través de la clara madeja del agua.

Lorenzo no tarda en apoderarse de un tembloroso pececito que luce roja coraza y casco de plata. Sarita, al verlo, no puede contener un grito de gozo y de miedo a la vez. El hábil pescador, dejó aquel precioso regalo en la delicada mano que ella le tiende indecisa. En seguida el pequeño ser pugna por escapar y se retuerce, electrizando los suaves dedos que acaban por soltarlo dentro del tanque.

— ¡Ah! ... — exclama la niña.

— ¡Bah! ... ¡Ya lo largó también! — grita Lorenzo fastidiado.

Sarita, ruborizándose, pretende disculparse, pero, al ver que él, dando la pesca por terminada, desarma el aparato y sacude en el aire el sombrero mojado, suelta nerviosas y estridentes risitas.

El peoncito revolea el alambre sobre su cabeza y lo arroja contra las aletas inmóviles del molino: — ¡Así te revolearía a vos con tu risa y todo! — piensa, fusilándola con la mirada.

— Bueno, yo me voy al «jagüel del Norte», — dice con terminante acento, y rompe la marcha.

— Yo también voy — declara ella y echa a andar

en su seguimiento, meneando el sombrero para que se seque más pronto.

Llegados al «jagüel del Norte», el peoncito enfrenta a la niña resueltamente y, sin más ni más, le grita:

—¿Quiere que le diga lo que es usted?

Sara, que no esperaba esto ni sabe a qué viene, se azora y no acierta a responderle. Al verlo tan ceñudo, piensa en el gran cuchillo filoso que lleva Lorenzo, y asaltan su memoria viejas historias de gauchos malos.

—¿Sabe lo que es usted? — sigue el otro, mordiendo las palabras. — Una orgullosa y una cobarde. ¡Eso!

Y se le acerca tanto, que a poco más envaina sus terribles y negros ojos en los muy redondos y muy abiertos de ella.

La niña retrocede un paso.

Es el dueño de la situación y, como lo advierte, prosigue, cada vez más violentamente:

—Cuando uno es guapo puede hacerse el orgulloso, pero cuando uno es un infeliz, ¡no!

—Yo no soy cobarde... — alcanza a decir Sarita, haciendo un esfuerzo colosal para no llorar.

—¿Que no? ¡Vaya! Le juego a que no es capaz de bajar a este «jagüel»... ¿Ve? Ahí está la sogá.

Todos los días bajan los peones. Yo he bajado muchas veces. ¿Es capaz? ¿Si o no?

Sarita se resuelve:

— ¡Claro que sí!

— Pero, ¿va a bajar hasta el agua?

La niña se asoma al boquete cuadrado que se abre a sus pies: es un cajón de maderas húmedas; a seis o siete metros de profundidad brillá el agua oscura, sucia. El corazón le da un vuelco, pero es tan grande el temor que Lorenzo ha sabido inspirarle, que:

— Sí, señor, hasta el agua misma, — afirma.

— Bueno, yo bajaré dos o tres metros pa que usted vea cómo hay que afirmarse.

Se desembaraza del tremendo cuchillo, y es un verdadero monito ágil y decidido el que se desliza adentro del «jagüel» para resurgir un instante después, sacudiéndose las manos una contra otra como si se aplaudiera a sí mismo.

— Aura le toca a usted, señorita... — dice con una pirueta.

La «señorita» vacila un segundo, sin embargo, como su pie toca el cuchillo abandonado en el suelo, el miedo recobra su absoluto poder y la decide a tentar la peligrosa aventura. Lentamente echa las piernas dentro del «jagüel», y, aferrándose a la

áspera soga con ambas manos, comienza el dificultoso descenso.

Inclinado hacia ella está su verdugo.

Cuando se ha deslizado un metro, el martirio de su cuerpo es solamente comparable a la tortura de su alma. Tiene las manos arañadas, los brazos y las piernas se le acalambran, y la cabeza le duele como si un suncho se la estrechase por momentos. ¡Ah! quiere volver a la superficie, siente que va a desprenderse de la soga como el fruto podrido se desprende de la rama. Sí, va a caer, a sepultarse en aquel lodo negro y luciente que ha visto en el fondo.

Pero no, hay que bajar, hay que bajar, hay que seguir bajando, porque, allí, sobre su cabeza, agigantado, ocultándole el cielo, separándola de la vida y de los suyos, está el implacable ejecutor de su destino: ¡Lorenzo!

Una idea terrible se le ocurre ahora: ¿Y si Lorenzo cortara la cuerda con su filoso cuchillo? El desplome sobrevendría inmediatamente, y ella iría a dar con su pobre cuerpo en aquel charol turbulento del fondo. Va a gritar desesperada, pero no es más que un estertor el ahogado sonido que escapa de su garganta.

Continúa bajando metro a metro, descorazonada,

llagados los dedos, trabada en sus movimientos por las ropas y por el miedo cerval que la domina. Fríos sudores le lamen la espina dorsal, la sangre le arde en los codos. ¡Ah, cuándo, cuándo, Dios del cielo, llegará allí abajo para descansar en aquella tabla de que ha oído hablar otras veces y que Lorenzo ni siquiera le ha mentado ahora! ¡Mala alma! Baja... Baja... Y a cada instante cree que va a derrumbarse. ¡Ah!, ella es ahora como esos muñecos que ha visto en el teatro guignol, y Lorenzo la hace bailar a su capricho. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Basta! ¡Suba! — grita el peoncito, allá arriba.

—¿Se ha condolido ese canalla? No, no; demasiado sabe ella que es un nuevo engaño. Luego diría que por cobarde no bajó hasta el agua misma. ¡Bajará! ¡Bajará! ¡Vaya si bajará! Ya falta poco, y allí abajo podrá descansar. ¡Ay, qué escasas fuerzas le restan! Allí, sobre la angosta y mojada tabla del fondo, se echará un instante, aunque la fatiga la rinda y se duerma; aunque se ahogue... ¡Ya no puede más! Si faltasen tres metros aún se dormiría colgada; pero, no, ya ha llegado; ya está en el fondo. Tantea con el pie y se le inunda el zapato, por fin encuentra donde afirmarlo y se desliza hasta ponerse en cuclillas sobre la estrecha plataforma.

La cansada niña, cerrando los ojos, reposa.

¿Cuántas horas lleva allí? ¿Cuántos años hace que se separó de Lorenzo?

Un minuto después alza la cabeza y divisa una sombra que se mueve entre los palos del crucero como una araña en su red: es el peoncito.

Sara no quiere subir todavía. Descansa otro instante con los ojos cerrados y conservando la soga entre las manos.

¡Ay, cómo va a dormir cuando se vea otra vez entre los suyos: no cenará siquiera; así, vestida, sucia y mojada como está, se arrojará en el lecho y dormirá tres días y tres noches! ¡Qué cansancio! ¡Está molida! ¡Tiene los huesos deshechos!

Recobra algunas fuerzas mirando el cuadro del cielo, tan breve como su pañuelito, que se ve allá arriba.

Entonces se yergue e inicia inmediatamente el escalamiento. Pero su energía decae a las primeras brazadas.

¡Qué enorme fatiga experimenta!

Trepa penosamente; la transpiración y la sangre le han quemado las manos. Y el valor la abandona al considerar cuántos metros ha de subir todavía.

Pero lo que la hace sufrir más, no es el pensamiento de que allí encontrará la muerte; lo que no

puede soportar, es la idea de que su fracaso importará una gran satisfacción para el «chinito ese de Lorenzo».

Subirá a toda costa, aunque una vez en la superficie ruede exhausta para siempre.

Talonea, zarandeándose en el espacio, y avanza, avanza lentamente, pero avanza. Es el suyo un triunfo puro de la voluntad. Tiene que llegar, o morir.

Tres metros... Dos metros... Un metro... ¡Ay, ya no puede más! Va a abrir las manos para dejarse caer, para irse a descansar abajo...

Lorenzo silencioso, cruzado de brazos, inmóvil, espera que ella culmine su hazaña.

¿No le extenderá la mano para ahorrarle ese último terrible esfuerzo?

Hace bien, que no se la ofrezca, no la quiere. Prefiere hundirse para siempre si no es capaz de salir de aquel agujero por sus propios medios.

¿Adivina Lorenzo los pensamientos de su víctima? No se sabe. Duro, impasible, cruel, espera el final.

—La muy trompeta ha vencido... — piensa.

Ya está allí asomando el hermoso hociquito. El chico siente el criminal impulso de mandarla abajo de un talonazo en el cogote. Felizmente se contiene, y Sarita logra dar cima a su oscura epopeya.

Ahí está ante Lorenzo, sentada en el suelo, desgredada, sucia y rotosa, fingiendo una sonrisa, la antipática sonrisa de una victoria a tan duro precio conquistada.

Lorenzo recoge su cuchillo, lo acaricia, lo envaina y, sin mirarla, confiesa:

—Bueno, ha ganao, pero... ¡una vez cualquiera nace! — Comprende que ha dicho una tontería, mas, como no se le ocurre nada mejor, repite: — ¡Una vez cualquiera nace!

Cuando llegan a «las casas», entran sin ser vistos, como salieron, y Sarita corre a encerrarse en su cuarto para curarse los tajos y desolladuras que tiene en las piernas, en los brazos y en las manos.

III

La aventura del «jagüel» no ha podido quedar oculta, y Sarita, que todavía anda con las manos vendadas, como se le ha prohibido que se junte con ese bandido de Lorenzo, conversa y juega con él a escondidas de los suyos.

Esta es una tarde tan calurosa como aquella otra. No se ve un solo peón en los potreros. A esta hora únicamente los dos niños se atreven a recorrerlos. Ya han estado travesando en la «carnice-

ría» y en el «saladero», y ahora se detienen a considerar la fina estampa del «moro» que el capataz ha amansado recientemente para la silla del patrón.

—Es muy bellaco el «moro» — sentencia Lorenzo.

—Pero es lindo... — murmura Sarita. Y, después de una pausa, deja caer esta envenenada provocación: — ¿A qué no te le animás vos que sos tan guapo, Lorenzo?

—¿Que no? ¿Se cree que soy pura espuma como usté?

—¡Te digo que no lo subís!

—¿Por qué no lo voy a subir? Como usté no es capaz de nada se cree...

—¿Qué decís, chinito del diablo?

—Digo que usté no sabe ni montar, ni saltar, ni cazar, ni enlazar, ni carnear, ni hachar, ni arar...

Sarita interrumpe la larga y rápida retahila, chillando:

—¡Ah, pero sé leer y escribir, y vos nó! — y al decir esto le hace burla, una burla rabiosa, mostrándole el relámpago rojo de su lengua.

—Pero yo sé montar un flete como éste...

—¿A que no? Te juego lo que quieras — y silba las palabras, tanta fuerza pone en ellas — a que no le hacés dar ni una solita vuelta al picadero sin que te rompás el pescuezo...

— ¡Ya está!

— ¿Y qué vamos a jugar?

— Esto: si yo gano le doy una cachetada — y él también pone todo su vigor en las palabras, — y si pierdo me la da usted a mí.

— ¡Bueno!, — y son dos espadas desafiantes las miradas que se cruzan.

El animal, inquieto, escarcea observando los preparativos que, después de manearlo con un «cinchón» según ha visto hacer al capataz cuando lo domaba, realiza Lorenzo en torno suyo.

Haciendo tiempo, perdiéndolo, retardando cuanto puede el principio de la arriesgada prueba, el niño va y viene buscando rebenque, ajustando los puños de las bombachas, sacándose las alpargatas, arrojando el cuchillo, la blusa y el sombrero, ciñéndose el pañuelo a manera de vincha para que luego el pelo no le estorbe...

¡Tiene miedo! El caballo es capaz de hacerle dar mil vueltas en el aire y clavarlo de cabeza en el suelo, evitando así el trabajo de enterrarlo. Tiene miedo, pero la vanidad humana es muy grande, muy grande, hasta en los niños, hasta en los peoncitos de estancia. Por nada del mundo consentiría Lorenzo en confesar la pavora que experimenta. Quiere jugar el todo por el todo. ¡Ah!, pero, también,

cómo se le va a agrandar la mano cuando le toque propinarle a Sarita el cachetazo apostado!... ¡Va a ser memorable! Le gustaría que la niña tuviera un gran rostro mofletudo como el de la luna llena, para desinflárselo de un solo sopapo.

Una última tregua aún: desata la faja negra y vuelve a moldearse con ella la parte inferior del busto, dando vueltas sobre sí mismo para acomodarla mejor.

Por fin toma las riendas y, después de tres tentativas infructuosas y cuando ya Sarita le asegura que va a quedar de a pie, de un salto prodigioso cae sobre el «recado». El animal, librándose del cinchón que le trababa las manos, sale disparado hacia el fondo del «potrero».

Lorenzo, que se ha enhorquetado a duras penas, hace grandes esfuerzos para obligarlo a cambiar de rumbo. Se le ve torcerse, dejarse caer hacia atrás rozando con su pelo la grupa del «moro» que se abalanza e, instantáneamente, esconde la cabeza entre las manos para proyectar las patas a una altura inverosímil.

El diminuto jinete no puede resistir este formidable corcovo y, como una piedra lanzada por una catapulta, va a caer de bruces en la tierra a muchos metros de distancia.

El animal desaparece en el confín y Sarita corre en auxilio del caído; lo habla, lo toca, lo mueve, y, creyéndolo muerto, escapa enloquecida hacia «las casas».

—¡Ay, mamita, mamita!...

IV

Hace días que no se ve el automóvil del médico en el patio de la estancia «Santa Cecilia», porque Lorenzo ya está en plena convalecencia.

Al lado de su catre está siempre Sarita, pues, como el peoncito se ha resignado a aprender a leer y escribir, ella se ha constituido en su maestra.

Aunque el pobre chico es inteligente, tiene algo torpe la mano y no muy suelta la lengua.

—¡Qué lápiz más bellaco este! — dice cuando un rasgo caligráfico se le resiste.

V

Ya está preparada la «volanta» que ha de llevar a la estación a Sarita y a su tía, que dan por terminado su veraneo.

Sentado en un banco, bajo la galería, Lorenzo, vendada la cabeza, contempla el patio. Un peón va

y viene depositando en el coche maletas, cajas y paquetes.

—¿No se olvidan alguna cosa, chicas? — pregunta la señora.

—¡Ah, nos dejamos el dulce! ... — grita la señorita corriendo puertas adentro.

—¡Che, Lorenzo! ...

—¡Patrón! — contesta el niño, acudiendo presuroso.

—¿Cómo es eso, Lorenzo? ¿No pensás acompañar a tu «maestra» hasta la estación?

El niño siente que una llama de sangre la arrebatata el rostro, y no sabe qué responder.

—¡Vení, hombre! — le dice Sarita, llegando en su ayuda.

—Así tendré con quien charlar a la vuelta ... — dice, con su ronca voz, Don Valentín, el «mensual» que va a guiar la «volanta».

En el largo camino, rumbo a la estación, los únicos que hablan son los dos chicos.

—¡Ah, — dice Sarita, — yo no me olvidaré nunca de estos meses pasados en la estancia! ... ¿Y vos, Lorenzo?

—¿Yo? ... ¡Yo, menos!

Cuando el tren va a partir, mientras la señorita se acomoda en su asiento y Don Valentín hace si-

tio para los bultos, Sarita le pregunta a Lorenzo:

—Che, ¿te acordás de aquella apuesta?

—No quiero ni acordarme, niña...

—¡Ah, qué gracia, pero yo sí!

—Bueno, pegue, entonces... — dice el niño, y ofrece sencillamente la mejilla morena.

Sarita le aplica entonces un cachetito que es casi una caricia y, con ese su modo encantador de niña caprichosa pero buena, le dice:

—¿Dolió?

VI

Sarita rasga el sobre de la carta que acaba de recibir y, al leer la firma, rompe a reir como reiría un pájaro.

—Mamita, ¿sabés quién me escribe?... No adivinarías nunca... Pues Lorenzo, el peoncito aquel de «Santa Cecilia».

Y en voz alta y riedo, lee:

«Santa Cecilia», 4 de Marzo de 1926

Señorita

Sara Roland

Buenos Aires

Niña Sarita:

Vd. me ha dicho una vez que la primera carta que Vd. escribió fué para su mamá, pero yo he pen-

sado que antes debo cumplir con mi maestra.

¿Se acuerda de los coscorriones que me dió por que no aprendía a leer?

¿Y de los pescaditos del tanque? ¿Y del «moro»? Viera qué lindo y qué mansito está ahora.

Siempre que paso cerca del jagüel, me acuerdo de Vd. ¿Sabe lo que encontré en la tabla del fondo el otro día? Un pañuelito suyo. Se lo quise dar a la señora para que se lo mandase, pero me dijo que lo guarde para mí.

Lo tengo atado en un dedo porque el otro día me corté hasta el hueso.

¿Cuándo va a venir para que apostemos otra cachetada?

Saludos para la señorita y para Vd.

LORENZO

Esta carta me la «corigió» el patrón y me la «iso» copiar más de «sincuenta» «beses».

LORENZO

—¡Ay, qué chica más tonta, Dios mío!... — dice la señora Roland acariciando a su hija que, cuando acaba de leer la carta de su «discípulo», no puede contener el llanto.

EL RENGUITO

SU nombre es Roberto, Roberto Arias, pero en el pueblo todos le dicen «El renguito».

El único que no lo llama con este tierno pero doloroso apodo es su padre, pues, aunque ya hace muchos años que Roberto anda con muletas, el pobre hombre no se habitúa ni se consuela.

Desde que su hijo sufrió el desgraciado accidente, Arias no frecuenta a nadie ni se le ve en ninguna reunión. Ya no va a los bailes ni a los velorios, a los «boliches» ni a las carreras... Vive confinado en su rancho, trezando lazos y atento solamente a los caprichos de Roberto.

¿Pero tienen caprichos los mártires inocentes? Permitidme que me corrija: Arias vive atento a los menores deseos de su hijo.

Hasta altas horas de la noche trabaja velando el sueño de su pobre inválido; cuando el cansancio

lo rinde, besa al niño y, al acomodárselas cerca del catre, besa también las muletas.

Todas las noches besa las muletas porque un tenaz remordimiento agita entonces su alma.

Arias se ha pasado la tarde entera en la fonda, bebiendo, invitando y aceptando a su vez, sin recordar que, ante la puerta, ha dejado el sulky a cargo de su hijo. El pequeño, fatigado y aburrido por tan larga espera, ha concluido por dormirse, hecho una bola, en el asiento. A boca de noche Arias sale de la fonda despidiéndose a grandes gritos, y, al sorprender a Roberto dormido, lo sacude brutalmente.

El niño despierta sobresaltado y se queda entontecido mirando al ebrio, quien, de un formidable guantazo, vuelve a sepultarlo en el asiento. El coro de borrachos celebra la hazaña con risas escandalosas como cacareos, y el sulky parte velozmente hacia el monte.

Temeroso de encolerizar más a su padre, el chico se empeña en contener los sollozos mientras el hombre vocifera exigiendo al animal.

Oscurece por segundos y en el cielo asoman

temblorosas las primeras estrellas. El niño piensa que el cielo está llorando lágrimas luminosas sobre su cabecita doliente.

De pronto, estalla un recio chasquido entre las varas del coche.

— ¡Algo se ha roto! ... — dice el padre, y ordena — ¡Vamos, baje y mire!

El niño salta a tierra azorado, porque la oscuridad se ha hecho tan densa que no le permite distinguir los arreos.

— ¿Qué ha sido? — inquiera impaciente el ebrio sin abandonar el asiento.

La criatura, afligida, no contesta, y, empinándose en las puntas de los pies, palpa nerviosamente al manso animal para así revisar el correaje.

— ¿Qué pasa, digo?

— No sé... No encuentro, papá... — y la angustia que domina a Roberto es tan grande que, sin querer, empuña una rienda.

— ¡No me quitéis la rienda, so maula! — y, enfurecido al sentir que le arrebatan la rienda, blande el látigo, con lo que el animal arranca derribando al niño. El sulky da un barquinazo e, instantáneamente, un grito horrendo atraviesa el campo, el cielo y hasta el alma turbulenta del ebrio.

Poco más allá se detiene el coche, y, balanceán-

dose unos segundos en el estribo, el padre criminal echa pie a tierra. Pausadamente arroja el sombrero dentro del sulky, se pasa el pañuelo por la cara, y luego, dando traspiés, desanda el camino hasta tropezar con el cuerpo de Roberto.

Se inclina torpemente hacia el caído, le habla, y, como no obtiene respuesta, pone el oído sobre el pecho infantil... Allí dentro hay algo que rebulle con suave aleteo.

Roberto está desmayado, y no tardará en recobrase.

— ¡Vamos, arriba! — y lo sacude brutalmente como hace media hora, pero esta vez el niño no se despierta. Le rocía la cara y el pecho con arena del camino, pero todo es inútil.

— ¡Bah! ¡Ya se recobrará este maula!... — lo levanta en peso, se lo echa a la espalda como una bolsa, lo lleva trastabillando hasta el sulky y lo tira en el asiento.

Mientras el hombre ata con un alambre el tiro que se cortó, Roberto vuelve en sí y, al querer incorporarse comprueba la dolorosa imposibilidad de hacerlo.

— ¡Ay!...

No ha hecho más que gritar y ha vuelto a desmayarse.

Es por eso que, cuando algo después, entra, de vuelta, al pueblo, Arias ya no es el mismo que hace una hora salió ebrio de la fonda. Los vapores del vino ya no turban su cabeza.

El sentimiento de su enorme responsabilidad ha puesto una indeleble marca de fuego en su alma.

Detiene el sulky delante de la casa del médico y, alzando a su hijo con el mismo dulce modo con que se lleva un fragilísimo cristal, se presenta al Doctor Ramírez que acaba de franquearle la puerta.

—¿Qué ocurre, Arias? ¿Qué tiene tu hijo? — dice el médico, mientras deposita suavemente al herido sobre la mesa de operaciones.

—Lo ha «llanteado» el sulky, «dotor»...

El médico reconoce al herido.

—Paciencia, hijito... No va a ser nada...

Los ayes de Roberto taladran el corazón de su padre.

El médico, llevando aparte a Arias, le dice:

—Tiene rota la pierna derecha.

—¡Dios mío!... — exclama Arias, y corre a abrazar a su víctima.

—Pero, ¿cómo ha ocurrido esto? — pregunta el Doctor Ramírez mientras prepara algodones, instrumentos, desinfectantes...

Hay un momento de silencio. Arias ha puesto

una trémula mano sobre la cabeza del niño y éste, entonces, dice sin atreverse a abrir los ojos:

—Yo... iba jugando en el sulky... cuando me caí, «dotor», y...

Arias, que ha sentido como si el corazón se le desgarrase de ternura, aferra la mano del médico y estalla:

—¡No, «dotor», no; yo, yo tengo la culpa!... ¡Yo lo atropellé!

El niño, sonriendo y luchando con la modorra que lo invade otra vez, insiste:

—Pero, no, «dotor»... yo solito tengo la culpa... porque no me hice a un lado... — y vuelve a desmayarse.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... — solloza el padre abrazando a su sublime criatura.

—

¿Comprendéis ahora por qué Arias besa todas las noches las muletas del renguito?

J O S E M A R I A

*A Justo P. Sáenz (h.), autor
de «Pasto Puna».*

QUE día el de hoy! . . . — suspira José María, dejando caer la boina y la fusta sobre el descompuesto recado que puso en tierra hace unos pocos segundos.

Desde que quiso rayar el alba galopó sin tregua en pos de su padre, el antiguo mayordomo de «Caldén quemao», feliz de que le dejase participar con los hombres en todas las rudas y peligrosas faenas.

Ahora, mientras baña a su potrillo, se sofoca de coraje y de vergüenza, recordando que Fermín, el «mensual» ese que le tiene inquina, casi le hizo pegar una rodada.

Es todavía muy niño — once años son muy poca cosa, aunque uno sea hijo de un gaucho de ley como don Florencio Márquez; — pero, con todo, no es el susto lo que no perdona José María, sino la frase brutal con que el peón lo apostrofó al pecharlo:

— ¡Salga del medio, basura!

— ¡Más basura que vos, gauchò sotreta!... — barbota al agacharse para dejar otra vez el balde bajo el chorro que, de escaso que es, hace gárgaras en el caño.

Entretiene la larga espera acomodando el recado para guardarlo luego. Así, en cuclillas como está, alcanza a reconocer en la cocina de los peones la corpulenta figura de su odiado enemigo, y, como ve que el paisano se dobla en dos para lanzar a gusto esa alborotada risa suya que tiene algo del grito inarmónico de los pavos, José María, recocado el corazón por los fuegos de la ira, adivina que el gaucho aquel está refiriendo a la rueda su cobarde viveza de hace poco. Siente impulsos de correr hacia allí para hundirlo a golpes, como se echa abajo una puerta; pero, consciente del escaso vigor de sus puños, se reduce a rezongar así:

— ¡Desgraciado!... Se aprovecha porque sabe muy bien que no soy ningún marica, y que antes

me dejo achurar que irle con quejas a mi padre... Pero también ya puede ir juntando sus «pilchas» para el día que yo sea no más que «segundo» de «Caldén quemao»... ¡Deje, gaucho roto, gaucho de porquería, deje que pasen unos años más, y entonces va a pagar muy caro todo lo que me está haciendo sufrir!... ¡Bien pensado que lo tengo!... Cuando yo sea hombre grande como él, más que él, porque seré igual a mi padre, caeré un día por la cocina para pelearlo y, mirándole fiero, muy fiero, adentro de los ojos, le diré delante de toda la peonada: «¡Ché, vos, vení para acá! ¡Te voy a hacer ver quién es el hijo de don Florencio Márquez!» Y en cuantito se me retobe, que se me va a retobar porque es un compadre, del primer talerazo le hago volar el cuchillo hasta el monte...

En el cálido cielo de su imaginación el arma describe una fulgurante parábola, mas, como el agua que rebose del balde empieza a lamer sus barbu-chentas alpargatas, reacciona al contacto de la repentina frescura, se pone en salvo de un brinco, recoge el balde, y con amplio vuelo de brazos arroja con fuerza el líquido, que, chasqueando como una cortina de abalorios, se abate sobre el barroso lomo del potrillo. El manso animal vuelve la cabeza hacia su patrón, como reconviéndole por la

súbita cuanto violenta rociada, y el chico, al comprender el mudo reproche, estalla en risas y palmea la húmeda anca de la bestia. Con esto el potrillo sálese del patio paso tras paso.

Grandes esfuerzos le cuesta a José María levantar el pesadísimo recado para ponerlo a reparo, y atraviesa el patio transpirando y renegando, porque, sobre que se manea en la cincha y en las riendas que va perdiendo, todavía el «Valiente», este perro «sonso», se le echa encima haciéndole fiestas, toreando y saltando en torno suyo.

— ¡Vamos, «Valiente», salí! ¡No seas loco! ¡Salí! ...

Puesto el apero en su sitio, José María y el «Valiente» juegan como pudieran jugar dos niños o dos cachorros, corriendo de un extremo a otro de la ancha galería, bajo la cual empiezan a «ganarse» las primeras sombras de la noche.

El «Valiente», que se divierte tanto o más que su amigo, lo persigue, lo alcanza, lo voltea, y, por fin, echando sobre el derribado niño toda su formidable estructura, ládrale en la cara con bien fingida furia. Escápase luego a su vez, volviendo la noble cabeza para asegurarse de que José María viene en su seguimiento, y, cuando es atrapado, el dócil animal échase patas arriba, entregándose

inirme al capricho de su pequeño vencedor...

Se interrumpe el juego porque, desde la habitación que ocupa con José María, don Florencio ha dado una voz capaz de dominar el trueno y el oleaje de los grandes arreos:

—¡M'hijooo!...

Y, cuando el niño se le presenta escoltado por el perro:

—¿No piensa bañarse hoy m'hijo? A ver si el patrón va a tener que esperar el peoncito para sentarse a la mesa...

—¿Cuándo ha llegado?

—A media tarde.

—Y, ¿vendrá a quedarse?

—Mañana sigue para «Tres sauces».

—¡Ah!

Sobrios como éste suelen ser sus diálogos, y a José María le halaga verse tratado así, porque de la misma o parecida manera trata a su padre el señor Rigada, el viejo y rico potentado criollo, propietario de «Caldén quemao». ¡Y bien orgulloso que está don Florencio Márquez de ser el hombre de confianza de su patrón!

El estanciero aprecia mucho también al hijo de su mayordomo, le encanta verlo siempre tan reposado, tan sufrido, tan hombre: «Es de la misma

dura madera que su padre...» — dijo alguna vez.

No hay más que ver de qué cordialísima recepción lo hace objeto cuando el niño se presenta en el comedor para saludarlo.

— ¡Hola! ¡Ya tenemos aquí a José María! ¡Pase, mi amigo! ¡Acérquese! — Le aprieta la mano con la suya, nudosa como una rama, y se interesa por todos los detalles que constituyen el mundo del niño: — ¿Qué me cuenta del potrillo? ... ¿Siempre mañero? ... ¿Y esa carabina? ... ¿Qué? ¿Se le ha descompuesto? ... ¡No me diga! Pero, ¡caramba!, y aquí, don Florencio, ¿no se la arregla? ¿No? ... Vaya, amigo, tráigamela ya mismo, que algo hemos de hacerle...

El niño sale escapado en busca del arma, y el señor Rigada dice a su mayordomo:

— Oiga, Márquez: ¿sabe que se ha inaugurado en el pueblo el colegio ese de curas?

— ¡Ajá! — musita el mayordomo complacientemente, aunque sin mostrar interés.

— ¿No era que pensaba internarlo a José María?

— ¿In...ter...nar...lo?

Las sílabas caen forzadas por las comisuras de sus labios.

— Creía que habíamos hablado algo de eso... — replica el estanciero, que se ha desconcertado.

Y después de una pausa durante la cual don Florencio arma despaciosamente, cachazudamente, uno de esos gruesos cigarrillos tan de su gusto, el patrón insiste aún:

—Pues sí, tenía entendido que usted deseaba darle cierta preparación...

—¡Cómo no! ... Pero es que...

—¡Ah, ya! Usted teme que el chico, acostumbrado como está a la estancia, a la libertad casi absoluta, sufra en el encierro del colegio, pero lo que es por eso, no se aflija, mi amigo... Hasta los que tienen madre se habitúan pronto al régimen de los internados...

No hallando qué objetar, don Florencio arroja el cigarrillo, que no ha encendido siquiera, y termina:

—¡En fin! Estas cosas hay que pensarlas...

II

El mayordomo de «Caldén quemao» alista su coche para ir a visitar a su hijo, que ya lleva tres meses internado en el nuevo colegio del pueblo.

El «Valiente», echado metros más allá, el charolado hocico entre las manos, sigue con atentos ojos las idas y venidas de su amo y de Fermín,

quien ha inflado las gomas y ahora está llenando el tanque.

Don Florencio echa las herramientas en el revuelto cajón, acomoda el revólver en el cinto, se abriga el cuello con su rica chalina, y, asentando el pie en el estribo, tuerce un poco la cabeza para observar al «Valiente», compañero obligado de todas sus excursiones. El animal, que se ha erguido, está a la expectativa; un ligero temblor le recorre los miembros, una gasa de nieblas le empaña los ojos y algo como un ruego se expresa en la actitud ligeramente cómica de su cabeza inclinada.

— ¡Sujetálo, querés!

— ¡Cómo! ... ¿No lo lleva? — se asombra Fermín.

— ¿Y si le diese este alegrón a su José María? Pero no... No sea cosa que les parezca mal a los curas... — Hecha esta reflexión, dice con energía exagerada: — ¡Tenélo, te digo!

El hombre y el perro forcejean unos segundos entre la polvareda que levantó el automóvil lanzado a toda velocidad. Cuando al cabo logra zafarse de las manos de Fermín, el «Valiente» parte en persecución del coche, o, mejor dicho, de aquel remolino ceniciento que va dando tumbos por la huella.

El fiel animal va ganando a rebotes la distancia, y no han transcurrido tres minutos cuando cae como una piedra dentro del automóvil que acorta la marcha para encarar un pantano.

De pie en el asiento trasero, el perro tiembla como azogado; redóblale el corazón en el tambor del pecho, del trapo de la lengua escúrrensele brillantes gotas y en blancos rejos manifiesta el temor de que el amo desaprobe su conducta. Pero, don Florencio, que lleva el volante con una sola mano, lo palmea fuertemente con la mano libre.



Al mediar la tarde llega ante la puerta del colegio, hasta la cual viene el padre director a recibir a don Florencio, que, según su vieja costumbre, deja el coche al cuidado del «Valiente».

El escuálido sacerdote conduce al visitante hasta la sala de espera.

Un crucifijo de talla, una mesa que naufraga en aquella amplitud y cuarenta sillas adosadas a las paredes, constituyen toda la decoración. Este es el severo lugar en donde el mayordomo de «Caldén quemao» va a entrevistarse con su hijo después de tres meses de separación.

Un olorcillo, un tufillo como a incienso, a cera y a humedad, trasciende de los negros y brillantes muebles, cuyas patas tienen ridículas contorsiones de danza.

De los patios llegan apagados rumores que acenúan el enervante aplacamiento de este ambiente.

Don Florencio, que no sabe qué hacerse en este desmesurado calabozo al que dan luz, escasa luz, dos ventanucos de rejas, próximos al techo, piensa que este aposento parece hecho para velar difuntos.

—José María es un buen chico, estudioso, capaz, disciplinado... — ha dicho el padre director antes de salir en busca del niño.

—¿Cómo lo hallaré? — se dice el conmovido mayordomo, que para dominar a estos revoltosos nervios del diablo se dispone a liar un cigarrillo; pero desiste porque tan silenciosamente como salió el sacerdote hace poco, aparece ahora en la puerta José María.

Este segundo es infinito.

Inmóviles uno frente al otro, míranse emocionados.

El padre tiende poco a poco los brazos y el niño se lanza en ellos impetuosamente, como se arroja el nadador en el seno de las ondas. En silencio siempre y sin desceñir del todo los brazos, siéntase don

Florencio, encerrando a su hijo en el estrecho «brete» de sus piernas.

Y aunque de las barnizadas maderas despréndense adormecedores vahos de sacristía, el niño que se aferra con ambas manos a los robustos brazos de su padre, cierra los párpados, entregándose, abandonándose a muy dulces y poderosas añoranzas, porque la chalina de vicuña en que ha hundido el rostro, esa rica chalina de vicuña que tre-mola a la espalda de don Florencio cuando va al galope de su flete, está impregnada de la emanación bravía de los campos. Entre la suavidad y la calidez de esta lana percibe José María todo el encanto, todo el múltiple encanto de ese mundo del cual fué arrancado tan brutalmente hace tres meses. ¡Oh la sutil vibración del gigantesco, formidable cordaje de los alambrados! ¡Oh el frufrú de los palpitantes alfalfares! ¡Oh el silencio imponente de los montes! Y sueña que sus manos acarician las crines de los potrillos, la suave pelusilla de los terneros, la menuda testa de los chivitos... Y se ve a sí mismo arreando una majada amarilla como la mancha de un médano...

—¿Está contento, m'hijo?

—¡Ah, tata!...

Y sonríe con una luz de lágrimas en los ojos in-

tensamente negros como los de su padre. ¿Si está contento? ¡Cómo no ha de estarlo si tiene a su tata consigo! ... ¡Cómo no ha de estarlo si acaba de darse una zambullida en su chalina, que es casi tanto como un paseo a la estancia! — dicese el niño.

—¿Lo tratan bien? — vuelve el padre a la carga — ¿Y las comidas? ¿Qué tal las comidas? ¿Cómo van los estudios? ¿Difíciles, eh?

Y así, durante un buen cuarto de hora, menudea las preguntas que José María satisface reposadamente.

—¿Cierto? ¿Lo pasa bien? ¿O estaba mejor en la estancia?

El pequeño se limita a sonreír con su aguada sonrisa de hombrecito, y aunque la turbadora pregunta le ha llegado al alma, no palidece más su rostro, tan morocho que parece ahumado.

—Decía bien el patrón. — piensa el mayordomo. — No parece que haya sufrido mucho el chinito este ... ¡Y pensar que yo hice retirar su catre, porque de verlo vacío se me iba el sueño! ... En fin, más vale así ...

—¿Son muchos los pupilos? — averigua.

El niño no le escucha.

Abriéndose paso, aparta las rodillas de su padre, y, ceñudo, avanza hacia la puerta que alguien,

irresoluto, acaba de mover. Pero no llega hasta ella porque la sorpresa que experimenta lo entorpece y lo atonta.

Con los ojos arrasados por la emoción ha visto entrar al «Valiente», a su «Valiente», que, con la cola entre las piernas, casi rasando el suelo, haciéndose chiquito, no se anima a acercársele sino cuando lo habla enternecido de estupor y de alborozo.

— ¡Oh, «Valiente»! ¡«Valiente»! ¡Chiquito!
¡Querido!

Y abraza y besa y zarandea a la mansa bestia, que se deja hacer, correspondiendo como puede a aquel turbión de desordenadas y efusivas caricias.

Arrodillado en el suelo, sin apartar el rostro resplandeciente, aunque lloroso, del cálido cuerpo del perro, reprocha a don Florencio con una voz donde no hay sitio para el enojo, tan llena está de gratitud:

— ¡Y no me había dicho nada! ¡Cómo es, eh! ...

Le parece un sueño.

El padre director que ha acudido al oír los gritos del niño, contempla la escena con tiernos y llameantes ojos, y dice algo al oído de don Florencio que mueve afirmativamente la cabeza.

— Oye, José María — dícele después el religioso

— ¿por qué no le pides a tu padre que deje al «Valiente» en el colegio?

Muy serio y mirando tan pronto al perro, que echado a sus pies se los azota con la espesa cola, como a su padre, levanta los ojos hacia éste para preguntarle:

—¿Me lo deja?

— ¡Cómo no, m'hijo!

Indeciso aún, juega con la gruesa mano que don Florencio le ha abandonado y considera al «Valiente» con una larga y cariñosa mirada.

— Vaya buscando con qué atarlo, entonces... — insinúa el mayordomo, que, una vez hallada la cuerda, una retorcida y fuerte cuerda, anúdala con su maestría de insuperable trenzador a la argolla de hierro que tiene el sólido collar del «Valiente».

El perro, que cree que aquellos son los preparativos de algún nuevo y divertido juego, se deja llevar por José María hasta el último patio, en donde, cerca de la cocina, ata el niño el otro extremo de la cuerda.

Recién ahora advierte el «Valiente» la tremenda realidad, y, como son inútiles cuantos esfuerzos hace para librarse, gime como una criatura castigada.

Muchas horas después, entre las sombras de la noche, el «Valiente» llora todavía su amargo infortunio.

Pero hay alguien en el colegio que llora con él, alguien que no puede dormir: tanto lo martirizan sus crueles pensamientos.

Es que los lastimeros aullidos del «Valiente» atraviesan patios y paredes para desgarrar, para destrozar el corazón traidor de José María.

—Porque, ¿no es acaso una traición sin nombre la que ha cometido al consentir que el «Valiente» quedase en el colegio?

No, no tiene disculpa. Y ahora, ¿para qué se aflige? ¿No lo ató él mismo, vanagloriándose de la firmeza de sus nudos? ¡Y tan contento que se fué su padre!... ¡Oh, el bueno de don Florencio es un hombre viejo, pero no sabe, ¡qué ha de saber!, lo que se sufre en un internado cuando uno ha nacido y se ha criado en la estancia!...

El manso, continuo lloriqueo del «Valiente», lacera el alma del niño, quien se admira de que sus compañeros y el celador duerman hoy con la misma tranquilidad de todas las noches.

Un reloj deja caer de pronto las once notas rítmicas de sus campanadas.

El silencio parece ahora más grande.

—Tata ya estará en lo mejor del sueño — se dice el niño. — Sí, ya estará dormido porque desde su cama de la fonda no pueden oírse los llantos de su perro, que, si no, ¡ah, lo sabe bien! tampoco él dormiría... ¡Pobre «Valiente»! ¡Pobre «Valiente» que jamás conoció la tortura de la cadena! Y ahora, ¿quién lo reemplazará ahora por las noches? ¿Quién velará el sueño de don Florencio montando la guardia en la galería de la estancia? ¿Quién cuidará su coche y su caballo? No será, no, ese inútil de «Corbata» ni el viejo «Tiber», que ya ni puede con sus huesos...

Una forma blanca que se mueve sin ruido, una nube liviana que se desliza fuera del dormitorio, cruza corredores y patios y se acerca al «Valiente». El fiel animal, a pesar del largo y flamante camión, reconoce al niño; reconoce a su José María, y, muy erguido, escucha este susurro que aletea cerca de su oreja:

— ¡Chist! ¡Chist!... ¡«Valiente»!, ¡«Valiente»!... — y como el perro, agradecido, quiere saltarlo, lamerle la cara, expresar le su mudo y profundo cariño, el chico lo retiene del collar, musitando con una voz que las lágrimas enronquecen:

— ¡Vamos, m'hijo, quieto!... ¿Qué? ¿El «Valiente» quiere volverse a la estancia? ¡Vaya nomás

que, por suerte suya, José María ya sabe bien lo triste que es el colegio!...

Y, así como va hablando, se esfuerza en deshacer el malhadado nudo que hizo su padre. ¡Oh, pero no se desata así, con tan débiles manos, lo que atan los hábiles y firmes dedos de don Florencio Márquez!

— ¡Si tuviera un cuchillo!...

Tanteando el collar reconoce el broche que lo cierra y que, a la presión de su mano, cede inmediatamente.

Libre de sus ataduras, el animal sacude la cabeza, se estira cuanto puede y viene a frotar su lomo en la rodilla trémula del niño.

En la oscuridad José María lo abraza llorando; lo lleva luego hasta la baja puerta del fondo y, a su incitación, el animal la salva limpiamente.

— ¡Váyase, «Valiente»! — solloza, tocándole el frío hocico.

El perro no le obedece. Por el contrario quédase allí junto a la puerta, esperando que él también la salte.

Entonces José María decide volverle la espalda y, desoyendo sus cortos ladridos, cruza el patio, un corredor, otro patio, otro corredor aún y, por último, penetra en el dormitorio.

Tírase en su cama, sepulta la cabeza en la almohada y llora; llora y llora desesperadamente, acongojadamente...

Y en su imaginación píntase llena de vida y colorido, la figura del «Valiente» que trota en la oscuridad siguiendo el rastro de su amo... De vez en vez el perro se detiene y vuelve la cabeza ladrando:

— ¡José María! ... ¡José María! ... :

III

—¿Y esto? — pregúntase don Florencio cuando, con las primeras luces de la mañana, encuéntrase al «Valiente» durmiendo entre los almohadones del automóvil.

En seguida sus agudos ojos de rastreador notan la falta del collar.

—Sin embargo, — deduce, — no ha podido romperlo; antes hubiera cortado la soga.

Al sentir a su amo cerca, el perro se levanta, se sacude como si así pudiera desembarazarse del sueño, y viene a chicotearle las botas con la cola.

—Alguien ha desabrochado el collar, y ese alguien no puede ser otro que José María... José María que por la intensidad de sus padecimientos ha medido los que esperaban al «Valiente»... — dícese

el mayordomo que con amarga lucidez todo lo ha adivinado.



Una hora más tarde, el rostro de cera del padre director se resquebraja en visajes, pero es inútil elocuencia toda la que gasta para hacer desistir a don Florencio de su poco meditada resolución.

—¿No hay forma, entonces, don Florencio? ... ¡Vamos, piénselo con más calma, amigo mío! ... Eso sería malograr el porvenir de su niño ...

El mayordomo deja llover los argumentos y repite, simplemente, lo que dijo apenas puso los pies en el despacho:

—¡He venido a retirar a m'hijo!

IV

Ayer, al restituirse a «Caldén quemao», y mientras tendía de nuevo su catre, paralelo al de don Florencio, el niño hizo las paces con Fermín, en vista de las atenciones que el hombre ha dispensado a su potrillo durante estos tres meses largos en que José María estuvo ausente.

Se acostó después en su antigua cama y durmió

de un tirón la noche entera, como no durmió ninguna en el colegio.

Y ahora que despunta el día, este día en que para él empezará una nueva vida, o, mejor dicho, se reanudará su vida, porque la del internado no era «su vida», José María abre los ojos, se despeza largamente y se sienta como por un resorte, mirando en torno suyo, pues así, al pronto, no acierta a explicarse cómo habiéndose acostado anoche en su catre, se despierta hoy en el de su tata.

P A D R I N O

A Juan Hohmann, que enriqueció mi libro «Padrino» con su arte.

VISTOS desde el rápido — que como un súbito buscapié zigzaguea hacia el confín, — los palos del telégrafo surgen atónitos, se marean y caen para atrás los unos sobre los otros.

Pero, aunque en apretada valla los tiene siempre ante sí, Matías, ese juicioso niño que desde hace tres horas viaja incrustado en la ventanilla, no repara en ellos, tan embebido está en la contemplación de los campos.

Con mirada nostálgica, Matías acaricia, adora, capta para siempre los paisajes, y también para siempre deja su alma infundida en esas lomititas blandas como regazos, en estas lagunas dormidas y en aquellos sombríos montes. ¡Se «gana» en ellos! ¡Se vuelve a ellos! ¡Se siente de ellos!

Sin embargo, es fuerza continuar el viaje, dejarse arrastrar hasta ese Buenos Aires que se le

antoja hostil, odioso, temible... Y así este tránsito a través de la provincia, es todo él una larga y dolorosa despedida; su alma solloza a cada instante: «¡Adiós, adiós!». Y el viajero cree percibir los gemidos con que la tierra, el aire y el agua le responden: «¡Adiós, Matías!».

Esta es su cuna, su escuela, su ambiente, su mundo; un mundo que no tiene secreto ni encanto que él no conozca y no ame. ¡Todo, del cielo abajo, le pertenece, es suyo, lo ha mamado, está en su sangre!

Y ahora de todo se desprende, todo lo deja porque así lo ha resuelto el «patrón», que es, además, y desde hace una semana, su tutor.

Una bruma de lágrimas tiembla delante de sus ojos pero, ni así empañados, confunden ellos las chacras con las estancias, ni los tambos con los «puestos». Y Matías va saludando como a viejos amigos, a las casas, cocinas y galpones que vislumbra al abrigo de los montes, y saluda también alborozado a los molinos, que son como descomunales escarapelas plantadas al borde de los tanques chatos; a los «jagüeles» y a las «bebidas»; a los «bretes» con sus «mangas» y hasta a las «carpas» de chapa, a las taperas negras y a las osamentas que se desarman solas...

Y en formal soliloquio de hombre de campo hace el comentario de las haciendas y de los sembrados y de los trabajos: — «¡Ajá! Por aquí están alambrando... Quemaron el rastrojo y ya empezaron a arar también... ¿Y esa «perforación»? ¡Mirá qué bien si encuentran el agua cerquita! ¡Qué linda viene la avena! ¡Si es un terciopelo! ¡Vale la pena!... ¡Já! ¡Já! ¡Já!... ¡Qué espantada pegaron los potrillos! ¡Epa, amigo!... ¡Casi se despatarra! ¡Oigalé! ¿Y esos «mochos»? ¡Amigazo, qué tamberas de mi flor! ¡Oh...! ¡Po... o... o... bres! ¡Pobres terneritos!...».

Y el hondo balar de los terneros apartados de las madres le llega al alma, lo embriaga de amor y le despierta memorias tristes: la estancia — oh, su querido y viejo «Médano grande», — su padre, ¡su padre muerto!

A esta idea Matías rompe a llorar con el irrestañable y mudo llanto de la desesperación y le es dulce llorar así, de bruces en la abierta ventanilla, mientras las ráfagas repentinas lo cachetean y le alborotan el pelo como si quisieran consolarlo.

Pero su dolor es uno de esos torvos dolores que nada alivia, y el pobrecito, crispadas las cortas manos, el rostro caldeado por el fuego y la sal de las lágrimas, los nervios deshechos, se retrotrae

con la imaginación al principio de su drama. Con morbosa lucidez su memoria reconstruye las escenas dándoles el mismo relieve y las tintas mismas de la realidad. Primero la sorpresa terrible; aquella bruta de la «puestera» que le atajó el paso gritando: «¡Ché, chiquilín, a tu papá lo «estropió» el caballo!». Aquello fué un choque galvánico en pleno corazón. Creyó que se venía del recado abajo en esos segundos en que estuvo muerto. Porque Matías está seguro de que en el instante aquel fué a dar un bote por los infiernos.

Después, el presentimiento de que su padre estaba irremisiblemente perdido, centuplicó su consternación en las horas sombrías que siguieron: se le antojaba que un pesimismo así era indigno y criminal en un hijo, porque temer, esperar y desear, ¿no es casi lo mismo? Un buen hijo tiene la obligación de luchar contra ese oscuro terror como contra un mal designio, y vencéndolo, ayudar de ese modo a su padre a vencer él también a la muerte.

¡Cuántas veces en las inacabables, angustiosas, abrumadoras noches en que veló a su padre, encogió la espalda instintivamente creyendo evitar así el roce de unas alas inmensas que se acercaban! ¡Patentes se le representan ahora el mechón de cabellos cenicientos que humedecieron sus últimos

besos; la tierra gredosa que con siniestro retumbo se desmoronaba sobre la negra caja; la mustia expresión de los semblantes amigos; Fermín, el peón más antiguo de «Médano grande», el buen Fermín que lo trajo envuelto en su poncho desde el cementerio hasta la fonda y que no hacía más que decirle: «¡Matías! ... ¡Basta, Matías! ...». Y, por fin, opacos y confusos, detalles de los días y las noches posteriores: La soledad de su cuarto en la fonda; la indiferencia de los «pasajeros»; la revuelta cama donde se lo pasaba llorando silenciosamente, como ahora; llorando hasta el agotamiento de las fuerzas y, si posible fuera, hasta desangrarse por los ojos, porque a un padre como el suyo no se le llora bastante con las lágrimas.

II

Matías lleva ocho meses en Buenos Aires o, para mayor exactitud, en el chalet que su tutor posee en Liniers.

Todas las noches, al tiempo de acostarse, Matías saca del baúl donde la guarda como un tesoro, pues no es nada menos para su filial ternura, una rica chalina de vicuña que perteneció a su padre y que es cuanto de él conserva.

La lleva consigo a la cama y, al acercarla a su rostro, cree escuchar entre la caliente suavidad de aquella lana, la voz viril de su padre que lo aconseja, lo acaricia y lo consuela:

—«¡M'hijo! ¡No se desespere así, m'hijo! ¡Todo eso que le pasa es a causa de que el «patrón» no está aquí... pero ya verá cómo, en cuanto él vuelva de Europa, todo se remedia!... El «patrón» no va a necesitar que usted se le queje... El me estimó siempre de verdá y no va a permitir que a mi Matías lo pisotee ninguna bruja ni aunque sea su misma hermana...».

Pero, entre tanto, la vida de Matías es un infierno, poco menos que inaguantable. La hermana del «patrón», una solterona marchita y agria como ella sola, se goza en atormentar y perseguir al chico.

—«¡A ver, chinito del diablo, cómo te portás hoy! — le chilla, para empezar, esta mañana. — ¿Ya baldeaste el patio? Ahora andá en seguida, pero en seguida, a fregar los mármoles! Y bien, ¡eh! ¡Acordate que ayer tuviste que hacer todo de nuevo! Y no te olvidés de repasar los bronces... ¿Y ese balde? ¿Cómo es eso? ¿No te he dicho mil veces que no me lo dejés chorrear? ¡Así es como me oxidás todos los mosaicos, pavote! Y,

¿qué estás mirando ahora? ¡Movete, haragán, movete!...».

Sin aguardar más el niño sale.

Es muy temprano. La calle está solitaria. Como todas las mañanas, la del chalet es la primera puerta que se abre en la cuadra.

— ¡Ah, no, caramba! Hoy ya está abierta la fonda... — se extraña Matías.

Pero hay algo todavía más insólito, algo que deja pasmado al niño. También la cosa no es para menos.

Allí, ante la puerta de la fonda, ha visto a un hombre a caballo; como suena: ¡a ca-ba-llo!...

Y Matías se conmueve; ¡cómo no ha de conmoverse, si ya ni recuerda cuándo fué la última vez que vió un hombre de campo a caballo!

Extasiado ante el espectáculo que le es tan querido, mira cómo el jinete, despaciosamente, vuela la pierna, desmonta, y ata el cabestro en un árbol. Luego, balanceándose un poco, se acomoda la «rastra» sobre la pretina de la amplia bombacha y, con paso lento, desaparece en el interior de la fonda.

— ¡Gaúcho lindo! — comenta el ingenuo espectador. — ¡Y qué «flete» «macuco»! ¡Es una pintura el oscurito!

Mas, no ha concluído de expresar su admiración, cuando un automóvil, al cruzar por la calle transversal, espanta al caballo. El animal, sentándose de golpe, rompe el cabestro, y se lanza instantánea e impetuosamente hacia este lado.

Matías también se «sienta» dejando en tierra estas estúpidas cosas que tiene en las manos — balde, jabón, trapo, cepillo — y, olvidándose de todo, de sus ocho meses de ciudad, de su triste condición de mucamito y hasta de esa vieja lechuza que es capaz de estar «aguaitándolo» a favor de las persianas, sátele al encuentro hábil y decidido. Como si estuviese en el patio de «Mé-dano grande», persigue al oscuro, lo alcanza, lo rodea, lo estrecha, lo habla, lo conquista, lo tranquiliza y, tras muchos: «¡Tsts! ¡Tsts! ¡Tsts!» y chasquidos de lengua, se le acerca.

— ¡Ten! ¡Quieto! ...

¡Es suyo! ¡Se le ha entregado mansito!

Y, todavía tembloroso, el animal acepta las caricias de Matías.

Entonces no puede resistir a la tentación de andar en él. Le acomoda el recado que se ha descompuesto y, al ir a montar, advierte que el dueño del animal se aproxima corriendo.

Aun así, monta. Y luciendo su consumada baquía,

lo trae al paso hamacándose él gallardamente.

—¡Caramba, qué había sido gaucho!

El niño, que escucha el elogio sonriendo como desde un trono, se descuelga al suelo y, al entregar las riendas, aventura:

—¿Va a estar mucho tiempo, don?

—No, m'hijo, mañana me vuelvo pa mis pagos...

—¡Mañana! — suspira decepcionado Matías y, después de una pausa, investiga: — ¿Es de alguna estancia usté?

—Sí, mi amigo. Soy «puestero» de «Los Güesos».

—¿Cerca?

—Cuarenta leguas...

—¿Y no ha traído su «tropilla»?

—La recogeré por el camino.

Así llegan hasta el chalet, y Matías se despide allí de su nuevo amigo.

—¿Temprano va a salir mañana?

—Al alba ha de ser.

En este mismo instante un berrido sorprende al niño.

—Pero, ¿quierés decirme, chinito, que andás haciendo?

Matías no contesta. Se pone de freno el corazón entre los dientes y se aplica a fregar los mármoles del zaguán.

III

No ha dormido en toda la noche y al punto del alba ya anda por la esquina a la espera de que se abra la fonda.

Cuando la puerta empieza a girar se cuele de rondón y llega hasta el patio. Allí está el oscuro ya ensillado.

—¡Hola, amigo! ¿Qué anda haciendo? — es el «puestero» que, desde la puerta de la cocina, lo saluda cordialmente mientras con una sonrisa le señala el «almuerzo chico» que se disponía a empezar.

El niño se acerca y, aceptando su invitación, se sienta a la mesa con él.

Después de una pausa, Matías pregunta:

—¿Y tiene muchos días de viaje?

—Muchos menos que a la venida, porque con el «arreo» pasó que... — y como ve que el niño lo escucha complacido, él también se complace en detallarle los tropiezos que recuerda.

Con el último bocado el hombre va a ponerse de pie para acabar de alistarse, cuando Matías reteniéndolo de una manga, le dice:

—Oiga... yo traía esto para usted... — y le pone en la mano el blando y caliente copo que es la chalina arrollada. — Es un recuerdo... Llévela como un recuerdo de un amigo... — y en tumultuosos, torrentosos períodos, sin poder contenerse más, le confiesa sus pesares, y le relata su vida en la estancia, la muerte de su padre... todo su doloroso vía crucis.

El hombre está conmovido, piensa en sus hijos, y no sabe qué decir ni qué hacer.

—Sí, recíbamela... recíbamela... — gime por centésima vez el chico, pasando y repasando la chalina entre sus manos, que tienen el mismo color tostado de la vicuña.

El paisano va a partir. Ya pagó su cuenta; ya se despidió del fondero que con la última palabra se volvió a la cocina; ya trajo al oscuro hasta la calle.

Un segundo más, y habrá montado; un minuto más, y se habrá ido.

Con voz quebrada insiste aún Matías:

—¡Llévela, don!

—¡Bueno, gracias, hijo! — decide el «puestero» envolviéndose en aquella delicia de chalina.

Monta, estira un poco el cuello acomodándose la prenda, se afirma en los estribos, tiende la mano

ancha y firme, y, al recoger en ella, los cortos dedos de Matías, le dice:

—Y a usted, m'hijo, ¿no quiere que me lo lleve también?

En los ojos de ambos, negros por igual y por igual intensos, hay un idéntico centelleo: el de las lágrimas. Y, sin que medien palabras ni gestos, por la sola y soberana virtud de sus miradas, el destino se cumple.

Al tirón de aquella recia mano responde el cuerpo del niño soliviándose para ir a caer enancado.

El oscuro parte simultáneamente. Durante algunos minutos cruza, a galope tendido, calles y más calles en dirección al límite de la ciudad.

No está lejos; la edificación, que se ralea más y más, así lo indica.

Por fin, el paisano pone al tranco a su flete, y, respirando hondo, rompe el silencio:

—¡Ya estamos en nuestros campos, amigo!

Matías, respirando muy hondo también, pregunta ahora:

—Diga, don, ¿y usted cómo se llama?

—Ledesma... Braulio Ledesma.

—Braulio Ledesma... — repite el niño como paladeando el sabor criollo del «apelativo». — Está bien... pero yo le llamaré padrino, ¿quiere? — y

hay un poema de ternura en el temblor de su voz.

— ¡Cómo no, m'hijo! — es la sobria respuesta del paisano, que encoge un poco la espalda, pues acaba de sentir una redonda quemadura sobre la paletilla, en el punto mismo donde, desde que salieron, viene aleteándole la chalina; y, al llevar la mano atrás para aliviarse del cosquilleo y el calorcillo que se le difunden, sorprende allí, apretada en un beso, la boca de Matías.

LA PINGÜINA

SIN desatender en nada su grado, que es el tercero, la señorita Clotilde, maestra fervorosa si las hay, como es también algo artista, se encarga siempre de organizar las fiestas que se celebran en su escuela.

— ¡Ah, la señorita Clo es un elemento precioso! — suele decir la directora, haciendo justicia a los méritos de su amable subordinada. — ¡Qué niña! ¡Es la alhaja de mi personal!

Y dice bien la directora: nadie como la gentil señorita Clotilde para aleccionar a los infantiles actores, ayudándolos a vencer las dificultades, repitiéndoles una y mil veces los parlamentos, detallándoles las inflexiones y las actitudes precisas. Pero también, ¡cuántos estallidos nerviosos debe reprimir para no empezar a mojicones con su tropa de precoces comediantes!

Ahora, en el programa que ha compuesto para la fiesta conmemorativa de la independencia nacional, ha incluido una poesía de Evaristo Carriego titulada «Mamboretá», y a la que ha conseguido dar una eficaz forma escénica. La niña que recita monologa lavoteando unos trapos, y, de pronto, una voz brutal la interrumpe allá entre bastidores, dando motivo a que la infeliz criatura diga su enternecedora frase final, destinada a arrancar un aplauso cerrado.

La entusiasta maestra conoce bien lo que puede dar de sí cada uno de los componentes de su elenco y, como cuida escrupulosamente la fiel interpretación de sus concepciones dramáticas o cómicas, no se ha resuelto aún a adjudicar este recitado a ninguna de sus comediantes. Es que, en realidad, ninguna de las diminutas actrices de la escuela tiene condiciones para triunfar en la interpretación de «Mamboretá».

Necesita una criatura endeble, mísera, que por sí misma inspire compasión; un cuerpecito raquítico, tembloroso; un rostro enflaquecido, demacrado; unos ojos lánguidos, rogantes; una vocecilla apagada... Que le den una niña así, y ella se encargará de hacer maravillas infundiéndole toda la emoción, todo el hondo fervor artístico que el breve poema de Carriego le inspira.

Sí, ya sabe la señorita Clotilde que entre las alumnas de segundo grado hay una criatura así, una criatura cuyo desmedrado y triste físico es el que ella pretende para la recitadora de «Mamboretá». Es Luisa, María Luisa Silva, a quien ella misma ha aplicado el cariñoso remoquete de «Pingüina», porque su apacible figurita le sugirió, al verla por primera vez en la escuela, la ingenua estampa de un pájaroniño. Sí, su aspecto se presta, pero Luisa no tiene memoria ni espíritu; no podrá aprender los versos ni se animará a presentarse en escena. Y, aunque lo hiciese, no lograría hacerse aplaudir. ¡No! No es la «Pingüina» la indicada para recitar «Mamboretá», aunque tenga una figura que ni de encargo... ¿Y si probásemos? No es la primera vez que descontando un fracaso ha conquistado un éxito. Porque si Luisa, enseñada por ella, consigue posesionarse de su papel, «Mamboretá» será el más lucido número del programa.

Sí, hará como otras veces: despertando la emulación enseñará el monólogo, simultáneamente, a la «Pingüina», a Rosita Muro y a Esther Laurent, aunque el físico de estas dos últimas no se presta para personificar a la infeliz «Mamboretá».

II

¡Ah, cuántas veces volviendo a su hogar, cansada, hastiada, protestando que jamás, pero jamás, aunque se lo pida el Santo Padre, volverá a hacerse cargo de la preparación de otra fiesta, la señorita Clotilde ni cena siquiera, nerviosa, excitada, enfebrecida, porque esa «Pingüina» del diablo pronuncia mal una palabra, o gesticula inarmónicamente!

—No aprenderá nunca, mamá, nunca. Y yo voy a quedar en ridículo por su causa. ¡Ay, qué niña más tonta, Dios mío! Cuando mueve los brazos, alternadamente, según va diciendo los versos, me desespera: ¡parece un molino!

—Pues, hija, si lo hace tan mal...

—Sí, ya sé lo que va usted a decirme: lo que me dicen mis compañeras en la escuela. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Ustedes lo encuentran todo muy sencillo... Pero, es que: ¿quién me recita el monólogo? Rosita Muro es una gringa gordota y Esther Laurent una bolita de masa y, con ese aspecto de salud, de lozanía, de bienestar, no es posible que ninguna de ellas diga con lastimoso tono:

Los miro mansamente, con estos
mis ojos pensativos de animalito triste.

Y son tan cómicos la expresión de su cara y el dejo de su voz, que la buena señora no puede reprimir una espontánea carcajada.

—Sí, mamá, harían reír como la he hecho reír yo ahora. En cambio, esa Luisa tiene una figura y un modo ideales... ¡Ay, yo me voy a enfermar si no la saco adelante!...

—¡Pobre criatura!

—Yo también la compadezco, mamá, y la quiero, ¡vaya si la quiero!, la quiero mucho, quizás más de lo que se merece, pero es que hoy me ha sacado de quicio con su torpeza...

—Me figuro cómo la tendrás afligida a la pobre, con lo extremosa que tú eres.

—Sí, mamá, tiene razón. Tan pronto la zarandeo como la beso, porque tiene sus momentos la chica. Ayer, por ejemplo, dijo las dos primeras estrofas impecablemente, con una naturalidad encantadora. Y hoy, ¡ah!, hoy ha estado desastrosa, lo que se dice ¡desastrosa! Tanto, que le he dicho y lo cumpliré, ¡vaya si lo cumpliré!: «Luisa, si mañana no hemos progresado, me convenceré y lo daremos por imposible». Viera: ¡me da una lástima! Se desprenden de sus ojos unas lágrimas grandes y luminosas como farolas, y no contesta a mis nerviosos reproches. Sí, yo bien sé que ella se empeña

en complacerme, pero es una verdadera «pingüina». ¡Qué acertada estuve el día en que la bauticé así! Es exactamente un pájaroniño. Un indefenso, un tímido, un humilde pájaroniño. Me hace la misma impresión que esos perritos atorrantes que huyen al aproximarnos a ellos y que, cuando se ven acorralados, se echan ante nosotros haciéndonos mil fiestas...

III

— ¡Luisa! ¡Luisa! ¡Pero, Luisa! — clama la señorita Clotilde dando terribles taconazos que repercuten en el dolorido cerebro de la niña, que lleva una hora de ensayo continuo y ya no puede más.

— ¡Ay, qué criatura: yo no sé cómo he de decirte las cosas para que me entiendas! ¡Así! ¡Así! ¡Oyeme bien y mira! ¡Mira! ¡Abre esos ojos tan grandes que yo no sé para qué te sirven!

Y la señorita Clotilde, el alma en los labios, recita con arte supremo el monólogo íntegro.

Los circunstantes, a pesar de que ya se lo saben de memoria, están impresionados, pero nadie, nadie como la «Pingüina», que suspira desolada porque jamás, jamás, lo sabe bien, podrá imitar pasablemente siquiera, a la maestra. La señorita Clotilde

es una artista... ¡La señorita Clotilde es un ángel!

—No, señorita, yo no podré nunca...

—¿Ves? Así, así como has hablado ahora, con ese mismo ingenuo desconsuelo en la voz, en los ojos y en la actitud... ¡Así quiero que digas el monólogo! Vamos, empieza ya...

Y la niña, otra vez ilusionada, y mientras la maestra alentándola, mueve afirmativamente la cabeza, recita:

«Mamboretá» me llaman los chicos de Palermo...

Terminado el ensayo, los comediantes se despiden de su directora de escena, que aún tiene muchas observaciones que hacerles.

—Hasta mañana, señorita...

—Hasta mañana, chicos.

Y la «Pingüina», sonriéndole con la simpática sonrisa que marca dos leves hoyuelos en sus demarcadas mejillas, murmura a su vez:

—Hasta mañana, señorita Clo...

—Hasta mañana, hijita. Y ya sabes: ¡ánimo, mucho ánimo y triunfaremos!

La maestra, se detiene un punto en la puerta de la escuela para contemplar a la chica que con inusitada premura corre desgarbadamente calle arriba, haciendo revolotear las puntas de su largo delantal.

—Un verdadero pájaroniño... — se dice la se-

ñorita, y sonriendo tiernamente echa a andar hacia su casa.

IV

Entre el desorden propio de estas circunstancias, la señorita Clo se multiplica para atender los mil detalles del acto teatral que se está desarrollando.

En su aula, habilitada como camarín común y depósito de cuanto va a necesitarse en escena, hay una confusión indescriptible de trastos y ropas de todas clases. Parece aquello un cambalache o prendería, tal es la enorme diversidad de objetos acumulados allí: sillas y mesas de varias formas y tamaños; columnas, estatuillas, una dorada consola antigua, una máquina de coser, contemporánea quizás de la consola, un banco de carpintero y, sobre estos y otros muebles, una bandera descolorida, una red gigantesca, amén de un cúmulo de prendas y chismes característicos: ponchos y levitas; bombachos y túnicas; ajorcas y collares; martillos y azadones, en fin, mil cosas necesarias para el mayor lucimiento de la fiesta. Las más provienen de las casas de los mismos alumnos, pues, para tal fin, la señorita Clotilde ha solicitado el concurso de todos, diciéndoles en tiempo oportuno:

—¿Quién tiene en su casa..., entiéndanme bien que no quiero que nadie gaste ni cinco centavos en comprar nada; quién tiene en su casa, digo, un espejo con marco dorado, un balde grande, una lámpara de pie, una...?

Y así es cómo hoy dispone de todo lo necesario sin haber hecho gastos de mayor monta.

Los primeros números del programa han merecido la aprobación unánime de la numerosa concurrencia que llena la amplia sala de música, en uno de cuyos extremos se ha levantado el escenario.

Ya le toca el turno a la «Pingüina» que no sabe qué hacerse con las manos, tan nerviosa está. La maestra, que no lo está menos, la viste y caracteriza prolijamente. A último momento le enreda las tenebrosas crenchas haciendo resaltar así el ceniciento óvalo del rostro. Un delantal haraposito malcubre la flacura excesiva de sus piernas, quebradizas como las patitas de un pájaro.

Como ya no hay tiempo que perder, la pequeña y la maestra suben al escenario. Desde ese instante, pisando aquellas tablas que se cimbrean bajo sus pies, Luisa siente que el valor le falta. La impresión de inseguridad que el andamiaje aquel le proporciona, determina en su débil organismo un ligero y angustioso mareo que le impide entender

bien las últimas preciosas recomendaciones que le hace la señorita Clo.

Cuando ésta la abandona a su suerte y el telón se descorre lentamente, cree que va a desmayarse, pero, esforzándose en dominar sus nervios, se aplica a lavar un repasador en el fuentón que tiene ante sí. Sin atreverse a levantar la cabeza, echa un rápido y sesgado vistazo a la sala rumorosa. Entonces el escenario se le antoja una balsa que navega sobre un negro mar de cabezas. Angustiada, tiende el oído hacia el sitio donde supone que está oculta la señorita Clotilde, y teme no oír sus indicaciones porque la sangre le golpea tan furiosamente en los oídos que la ensordece. Pero no, ¡Dios mío!, acaba de percibir este leve pero distinto susurro:

— ¡Em - pie - za!

Va a adelantarse para obedecer, cuando la detiene la aguda exclamación de una criatura que, en el fondo de la sala, chillá:

— Mamita, mire el fuentón de casa...

Una oleada de risas recorre las filas.

La señorita Clotilde tiembla en su escondite:

— ¿Este inopinado y tonto incidente — piensa, — turbará del todo a la pequeña y novel actriz?

No. Luisa aguarda sin levantar siquiera la cabeza.

— ¡Bendito sea Dios! ... — se dice la señorita, y luego indica, en un soplo apenas: — ¡Basta, Luisa! ¡Empieza!

«La Pingüina» se adelanta; retuerce sin prisa el repasador, lo sacude, lo tiende en la cuerda que cruza el escenario. Por fin, secándose las manos en el roto delantal, viene hacia el auditorio y empieza el recitado con tan severa entonación y tan medidos ademanes que impone silencio a todos.

Conforme habla va superándose a sí misma y tiene a los oyentes suspensos de su triste drama. Los bellos versos, espiritualmente dichos, destilan en las almas la honda emoción que los inspiró y, como la figura y el modo de la recitadora sugieren cuanto va diciendo, las lágrimas brillan en muchos ojos y hay mujeres y niñas que acercan el pañuelo a los labios con ese contenido gesto del verdadero sufrimiento. ¡Ah, pero el corazón más conmovido es el de la señorita Clotilde! Lloro admirando a su pequeña gran actriz. Aquello es una revelación; jamás le ha oído decir así:

— «Mamboretá» me llaman los chicos de Palermo...
 soy la risa del barrio por mi rostro feúcho
 y este andar azorado de animalito enfermo.
 Tengo apenas diez años, ¡pero... he sufrido mucho!

Los domingos temprano, cuando vuelvo de misa, me encuentro con los chicos vendedores de diarios y, en seguida, comienzan la jarana, la risa y las zafaduras de los más perdularios.

«Mamboretá», me gritan y, como siempre callo, —¿En dónde está Dios? ¿dónde? — pregúntanme y no hallo modo de hacerles frente con palabras o gestos. Solamente suspiro y, si es que alguno insiste, ¿Dónde está Dios? — lo miro mansamente con estos mis ojos pensativos de animalito triste. Para martirizarme me sacó del asilo una viuda sin hijos, una bruja malvada, no tuve desde entonces un solo día tranquilo. ¡Nadie pasa en el mundo vida tan arrastrada! Trabajo todo el día desde por la mañana, sin embargo, no falta quiénes me llamen floja, la viuda, sobre todo, me trata de haragana y, si está con la luna, ¡de cuanto se le antoja!

La señorita Clotilde grita ahora desde el lugar donde se halla oculta:

—¡Mamboretá del diablo, a ver si vienes hoy!
¡Inútil, abriboca!... ¿Oyes, Mamboretá?
Te llamo hace una hora... ¡Mamboretá!

Con un gran fastidio, le responde Luisa:

—¡Ya voy!

Y al grito nervioso de la maestra:

—¡Muévete pues, imbécil!

Contesta desesperada, angustiosamente, la chica:

—¡Ya va!... ¡Ya va!... ¡Ya va!...

Y entre lágrimas y sollozos que la ahogan, dice los versos finales:

— ¡La inútil! ¡La abriboca! ¡La horrible! ¡La lolola!
¡De cariño no he oído ni una palabra sola!
Qué bien me han puesto el nombre: ¡Pobre Mamboretá!
¡Todo el mundo me grita, todos me manosean
y las mismas mujeres a veces me golpean...!
¡Ah...! ¡Cómo se conoce que no tengo mamá...!

¡Es un delirio! ¡Un delirio! Aplausos, gritos, llantos; hay quien salta sobre el tablado a besarla, a abrazarla, a estrujarla y, cuando el telón baja, Luisa está entre los brazos de la señorita Clotilde que, en ese instante feliz, da al olvido todos los malos momentos, todas las rabietas, todas las jaquecas que la «Pingüina» le proporcionó durante el lento aprendizaje.

Poco después, Luisa, ya libre de su roto delantal, y lavada y peinada, va a retirarse.

—¿Cómo? ... ¿Ya te vas? ... ¿Sin ver los otros números? — extrañase la maestra.

—Sí, señorita: se me hace tarde...

—Bueno, entonces, dame un beso y toma esto para tí, — y diciendo así le entrega una grande y riquísima caja de bombones.

—¡Oh, no, señorita! ... — protesta la «Pingüina» deslumbrada.

—Llévala. Te la regalo porque estoy muy satisfecha de ti.

—¡Gracias! ¡Gracias! Pero, entonces, sírvase usted un bombón... — y una simpática sonrisa marca

levemente dos adorables hoyuelos en la cera de su demacrada carita.

—No, quiero que la lleves así para que la vea entera tu mamá.

—Pero es que yo no tengo... no he tenido nunca mamita...

Esta frase sí que la hubieran aplaudido los auditores más exigentes de la tierra, tan emocionante era. ¡Por boca de la inocencia hablaba el mayor de los infortunios!

—¡Infeliz criatura! — suspira la señorita Clotilde. Y son tantas, tantas las conmovidas frases, los dulces reproches, las súplicas que se agolpan en sus labios, que prefiere no expresarlas, y se reduce a decir simplemente:

—« ¡Pin...güi...na! ... ».

Está arrepentida y se acusa de haber cometido un crimen horrendo al señalar a Luisa para personificar a «Mamboretá». Por fuerza ha de haberle sido penoso aprender aquellos versos que relataban su propia desventura.

—Pero, dime, ¿con quién vives?

—Con la familia del doctor Roberts...

—¡Oh! ... ¿Y te tratan bien? ... ¿Son buenos contigo?

—Sí, señorita.

¡Ah, esta frase la hubieran aplaudido también los públicos más exigentes de la tierra, tanto dolor expresa su aparente indiferencia! Sí, esta criatura esconde su drama, la «Pingüina» es la «Mamboretá» que cantó el corazón cristiano de Carriego, pero la pobrecita no quiere apenar más a la maestra, y calla.

Solicitada por otras niñas la señorita Clotilde acude al escenario, pues ha de apuntarles la comedia que va a representarse inmediatamente. Y, ya sola, recordando que es muy tarde y que en su casa la aguardan, Luisa escapa de la escuela sin esperar a que se termine la fiesta, y lo que significa mucho más para ella, sin siquiera despedirse de la señorita Clo.

Corre algunas cuadras por las calles mal alumbradas y solitarias y, cuando entra en la casa de los señores Roberts, suspira aliviada.

En el patio dase de manos a boca con la hermosa e imponente señora que la increpa con rudeza:

—¡Ajá! ¡Bonitas horas de volver son éstas!... No creo que recién concluya la fiesta... Y te habrás portado, ¿no?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Me hace reír esa maestra... ¡Darte un papel a vos!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Ha de ser una tonta, como vos, la pobre!... ¿Y?... ¿Qué estás haciendo ahí plan-

tada? ... ¡Rápido! ... ¿Qué, no oyes cómo llora el nene? ...

Feliz de librarse de las odiosas ironías de su ama, Luisa huye hacia la alcoba, en tinieblas a esa hora, y, tanteando los muebles, llega a la cuna donde se agita lloroso el bebé, que está a su cuidado. Arroja la caja de bombones, que dichosamente pasó inadvertida a los ojos de la señora, y, levantando el afligido muñeco, pasea con él en sus brazos, consolándolo como Dios le da a entender.

Este pequeño ser es su eterno tormento, su inquietud permanente, pero — ¡oh, sublime precocidad maternal! — es también el más puro y acendrado de sus amores. Es su tirano, y, sin embargo, él es el único de la familia Roberts digno de su cariño. Lo quiere con toda su alma. Se siente ligada a aquella criaturita que, apenas nació, fué depositada en sus brazos y desde entonces está bajo su amparo. Ella lo atiende noche y día. Es su preocupación hasta la hora en que marcha para la escuela y en cuanto vuelve. De noche, tendida en una estera ante su cuna, duerme alerta siempre, lista para levantarse a pasearlo, si se despierta, y esto sucede a menudo.

En todo esto piensa, en la soledad y en la sombra, marchando de un extremo al otro del aposento.

—Este niño, — se dice, — aunque tiene padres, y padres ricos, está tan abandonado como yo. La madre, ¡bah!; la madre va en su automóvil a Palermo, al teatro, a recepciones, duerme hasta el mediodía sin acordarse para nada de su criatura...

Enternecida besa la manito de seda que juega con sus trenzas, y murmura:

—¡Hijito!... ¡Vieras cómo me han aplaudido hoy en la escuela!...

Recordando su triunfo de hace una hora viene a pensar en la maestra.

—¡Oh, qué buena es la señorita Clo!...

Cuando el niño se duerme lo arropa bien en su cunita, y al pie, según acostumbra, extiende la estera en que ella descansa. Improvisase una almohada con las ropas de que se despoja para dormir, y, sin cenar, se acuesta, abrazando la hermosa caja de bombones, que aun no ha abierto.

—¡Qué cansancio!

Rendida como está no tarda en dormirse y, durante horas y horas, sueña. Sueña que ensaya «Mamboretá», y que la señorita Clo — como a ella le encanta nombrarla, — tan pronto le dirige graves reproches como la acaricia satisfecha.

Pero, he aquí que los gritos de la señora la sobresaltan y se despierta.

— ¡Vamos, Luisa! ¿No oyes cómo llora esa criatura? ... ¡Si ya se ahoga! ...

En la obscuridad, la «Pingüina» se bambolea para erguirse: tiene tanto, ¡tanto sueño! ... Entredormida obedece la orden que le repiten y, segundos más tarde, se oye el roce rítmico de sus pies desnudos yendo y viniendo sobre el entarimado. Mas el llanto de la criatura no se aplaca por eso. Al contrario, cobra mayor intensidad minuto a minuto. Extrañada, pues no suele ocurrir esto, la señora se resuelve a encender la luz eléctrica y, al hacerlo, lanza un destemplado grito, pues, entonces, ve que su hijo se rebulle en su cuna, mientras Luisa pasea en sus brazos una gran caja de bombones.

— ¡Pero, Luisa!

La señora, enfurecida, salta del lecho; le arrebatata la caja, le pega dos crueles bofetadas, le pone el niño con los brazos y, dándole un empujón, le grita:

— ¡Ahora, pasea, estúpida!

Y se vuelve a su lecho, muy agitada.

Luego, ante su esposo tan sorprendido como ella, rompe sin miramientos las suntuosas envolturas de la caja.

— Che, china, ¿quién te ha regalado esta espléndida caja?

—La...se...ño...rita...Clo... : — solloza Luisa.

—Mario, servite. ¡Están riquísimos!

Y los dos señorones comen, golosamente, bombón tras bombón.

—¡Ha de ser otra estúpida como vos esa maestra trita! ... — concluye la dama, pasándose la lengua por los labios, a tiempo que apaga la luz.

Luisa sufre indeciblemente oyendo tan horrendas palabras, y pasea, pasea, pasea sintiendo que el cálido llanto borra de sus mejillas las huellas de los afrentosos bofetones que le propinó la madre de este niño que lleva en los brazos.

V

Hace algunos días que la «Pingüina» vive en la casa de la señorita Clotilde, quien, para arrancarla de manos de los desconsiderados señores Roberts, ha tenido que entablarles un pleito.

Por cierto que el episodio de los bombones, hábilmente explotado por la señorita Clo, impresionó mucho a los jueces.

—Felizmente — dice la buena y anciana madre de la maestra, — aún hay justicia en la tierra.

Pero, contra lo que pudiera suponerse, Luisa Silva, María Luisa Silva, la «Pingüina», no es feliz

al lado de sus protectoras. Una leve sombra resbala por su frente.

Apremiada por la señorita Clo, ha acabado por confesar la pena que la aflige.

—Mira, «Pingüina», si no me dices qué te ocurre, te entregaré al juez de menores... ¿Qué te falta en mi casa?

Luisa no puede más, abre su tierno corazoncito, y, llorando, acerca sus labios al oído de la generosa maestra para decirle muy despacito:

—Es que... me acuerdo del nene, señorita. ¡Pobrecito, me quería tanto!...

Y, al recuerdo de aquel santo cariño que nada ha podido matar, una simpática sonrisa nace y muere en los lindos hoyuelos que agracian su carita, ya un poco más llena y lozana.

U N L A D R O N

ES muy tarde, las once o las doce de la noche. Luis regresa a su hogar. Viene fatigado, sudoroso; la faz macilenta, el pelo en desorden, las ropas destrozadas. Atraviesa lentamente el patio enorme y sombrío del conventillo. Ante la puerta de la habitación estrecha, húmeda, mísera, casi una cueva, que ocupa con los suyos, tutea un segundo, y aguza el oído para asegurarse antes de entrar.

—No hay peligro — se dice por fin. — Mamá duerme...

Se ha salvado una vez más de la terrible reprimenda que su madre le propina cada vez que llega tarde.

Mueve la puerta y entra sigilosamente. Conoce

bien la disposición de los pocos muebles y, sorteándolos, se dirige en la oscuridad hacia la vieja máquina de coser. ¡Si sabrá él dónde está ubicado el armatoste! ... Años y años lleva ahí mismo, en ese rincón, marchando el día entero y no pocas horas de la noche. El traqueteo de sus hierros se confunde en la memoria del niño con el eco agrio y triste de la voz maternal. ¡Cuántas, cuántas veces le despertó sobresaltado el ruidaje de esta máquina!

El niño la toca y, con manos ligeramente trémulas, busca el cajón, el único, el cajón donde, entre revueltos hilos y retazos, guarda su madre lo poco que gana cosiendo ropa de «cargazón».

Ya tira del cajoncito hacia sí, cuando una mano nerviosa y fuerte, una garra más bien, le aferra la diestra.

Luis, desesperado, lanza un grito:

— ¡Mamá! ...

— ¡Así quería pescarte, ladrón!

La madre pronuncia estas palabras remarcándolas cruelmente.

— ¡Ladrón! ¡Miserable! ¡Robar así a tu madre! ¡A tu madre, que tanto se sacrifica por ti y por tus hermanos! ¡Suelta ese dinero, canalla!

Le ha clavado los dedos en la muñeca, obligándo-

le a abrir la mano. El suave tintineo que producen las moneditas de níquel al dar en el suelo, impresionada dulcemente al reo tomado infraganti.

El sacudimiento que Luis ha experimentado es tan intenso que no consigue reaccionar. La madre lo agobia aun más lamentándose, reprochándole sin tregua, repitiendo quejas e insultos, gimoteando y enardecándose por momentos.

Luis, apesadumbrado y aburrido, no sabe si pedir perdón o huir.

— ¡Con razón no alcanza para nada lo poco que yo gano, atada a la máquina de coser! ¡Al «señor» no le basta con matarme a disgustos faltando a la escuela, correteando el día entero por la calle y destrozándose la ropa! ¡Además, tiene que robarme! ¡Pero yo no soy tonta y te he pescado canalla!

Como el niño suspira, agrega:

— Sí, eso es, ¡hipócrita! ¡No creas que vas a engañarme, ladronzuelo! ¡Robas el pan de tus hermanos, la sangre de tu madre! ¡Alguien se lleva el dinero, me decía yo, y no me equivocaba! ¡Era el «señor», el que me robaba! ¡Ladrón!

Hay tal asco, tal desprecio reconcentrado en esta exclamación final, que el niño no puede soportar más y grita:

— ¡No, mamá, ladrón no!

La energía con que Luis ha hablado ofende a la madre, cuya indignación llega a su colmo. Ciega de cólera se lanza sobre el niño, que intenta huir atemorizado, pero la mujer lo atrapa y, rete- niéndolo en el duro cepo de sus piernas, lo castiga bárbaramente y, de un empujón, lo arroja lejos de sí.

El niño se tambalea en la sombra, da con su endeble cuerpo en la máquina de coser y es tal la violencia del encontronazo, que cae en tierra desmayado.

La madre respira dificultosamente, y a punto de desvanecerse ella también, busca a tientas el lecho para sentarse.

— ¡Ay, Dios mío, Dios mío! . . . — se le oye decir. Sufre, sufre mucho, más aún que su hijo.

Un vecino golpea ahora la pared, y grita:

— ¿Qué pasa?

— ¡Nada! . . . ¡Nada! . . .

— ¡A ver si dejan dormir, entonces!

Luis se recobra poco a poco y, durante largas horas, oye el crujido de la cama donde se revuel- ve su madre, que tampoco puede conciliar el sueño.

II

—Nunca, pero nunca, lo hubiera creído... ¿Qué habré hecho, Señor, para merecer este castigo? ¡Y ya se ha marchado otra vez el muy canalla!... ¡Hoy sí que no se presenta por aquí hasta media noche! ¡Eso si vuelve!

Así monologa la madre de Luis algunos días después, mientras lanza a toda velocidad la máquina de coser.

—Sí — prosigue. — Porque un día de éstos no le veré más el pelo... ¡Irá a parar a la cárcel! Ahora ya ni se preocupa de hacerme creer que va a la escuela... ¿Para qué? Sabe que no me engaña... A estas horas andará por esas calles, enredado con otros facinerosos como él... ¡Ah, si su padre viviera, muy otra cosa hubiera sido, sí!... ¡Dios mío! ¿Por qué dejas sin padres a los niños?

A esta altura de sus meditaciones, viene a interrumpirla el viejo encargado del conventillo:

—Buen día, señora...

—¡Ah!... Buen día, don Pedro...

—Usted siempre trabajando...

—¡Cómo ha de ser! Esta es la vida de los pobres... Me trae usted el recibo, ¿no es eso?

La mujer reúne el dinero buscando aquí y allá, en un cajón, en un florero roto, en un pañuelo, detrás de un cuadro...

Y, mientras espera, Don Pedro, que observa todas sus idas y venidas, dice:

—Disculpe que la moleste a esta hora, pero, como no la encontré anoche...

—¡Valiente! Es que había ido a entregar las costuras...

—¿Ya no se las lleva Luis?

—¡Qué esperanza!

—¿Así que sigue haciendo de las suyas ese diablo?

—¡Ay, señor, si ya no sé qué hacer con él! ¡Vaya! Aquí tiene usted su dinero, don Pedro... Lo escondo en todos los rincones por temor a que me lo robe Luis... ¡Sí, cuando se ha criado un mal hijo hay que cuidar el dinero, señor, para no llevarse luego un triste chasco!

—Bien... Gracias. Adiós.

Otra vez sola, la mujer prosigue su tarea y su triste monólogo interior.

—... No creía que hubiera tanto dinero en casa... ¡Claro, una trabaja y guarda algo! Gracias a que ese granuja de Luis no da con mis escondrijos, que si no, ¡pobre de mí! todo me lo lleva-

ría... ¡Vaya! ¡Pues, no se me ha roto la aguja! Y ahora, ¿dónde encuentro yo una aguja?

Saca el cajón de la máquina y lo vuelca sobre la mesa: ruedan botones, broches, alfileres, carretes; algunos saltan al suelo y desaparecen debajo de los muebles.

Buscando bien, halla en una cajita una aguja prendida en un papel muy doblado y cuyo pálido color llama vivamente su atención. Al desplegarlo no puede retener un grito:

—¡Diez pesos! ... ¿Cómo he podido olvidar aquí este billete? ¡Qué raro es esto! ... ¿Cuándo he dispuesto yo de tanto dinero?

Su extrañeza sube de punto porque, al abrir el alfilerero, lo encuentra materialmente atascado por un billete de cinco pesos.

—¿De dónde puede provenir este dinero? Porque yo no lo he puesto aquí.

Ahora está segura de que ella no puede haber padecido tamañas distracciones.

—¿Alguien habrá querido darme estas gratas sorpresas? Alguien, sí. ¿Pero quién? ¿alguna vecina?

Allí entran las vecinas, es verdad, pero, cuál más, cuál menos, ninguna está en condiciones de hacer limosnas.

—¡Pues no me da esto poco que cavilar!...

Pensando y pensando, recuerda que en los últimos tiempos no ha sufrido los apuros económicos que antes eran tan frecuentes en su vida.

—El dinero ha sido suficiente para nuestras necesidades — se dice y se repite. — No, no, aquí hay un misterio, y yo tengo que aclararlo... ¿Quién puede traer dinero a esta casa? Pensaría en Luis si fuera un buen hijo, como lo era en vida de su padre, pero, ahora, ¡no!...

Y, con redoblada energía, espolea a la máquina de coser.

III

Es muy tarde, las once, o quizá, las doce de la noche.

El patio está solitario y silencioso.

Luis retorna a su hogar. Llega con paso furtivo hasta la habitación que ocupa con los suyos y escucha ansiosamente, reteniendo la respiración y apretando los labios.

Y murmura en un suspiro de alivio:

—Mamá duerme...

La triste experiencia de aquella noche le hace multiplicar las precauciones. Mueve la puerta suave-

mente, muy suavemente, y se introduce como un blando fantasma en la oscura alcoba.

El silencio es tan grande que Luis distingue la respiración poderosa de la madre.

—Duerme...

El niño se arrima a la máquina de coser, abre el cajoncito lentamente, pero, he aquí que otra mano, temblorosa también, se apodera de la suya en ese preciso instante.

—Entrégame eso, Luis — dícele la madre, que todo lo ha comprendido.

La mano infantil se abre y deja caer en la áspera mano materna un billete que envuelve algunas monedas.

—¿Cómo consigues tanto dinero, Luis?, — y la pregunta es casi un sollozo.

—Trabajando, mamá: soy mensajero... Me dan muchas propinas...

Hay una pausa, un supremo silencio.

—Mamá... — susurra el niño, — no me obligues a volver a la escuela... ¡Yo quiero ayudarte!... ¡Siempre te he ayudado!...

—¡Y yo te castigaba y te insultaba!...

—Pero, ¿me dejarás trabajar, mamá?

—Siempre, hijo mío... ¡Trabajaremos juntos!

—¡Qué buena eres, mamá!

—Tú sí que eres bueno... ¡Mi hijo es un santo! ¡Es un santo! ¡Es un santo!...

Lo obliga a acostarse junto a ella, como cuando era pequeñito.

Cuando el niño duerme, rendido por las emociones y el cansancio, la madre recuerda la noche en que lo castigó brutalmente, y llora repitiendo arrepentida:

—¡Es un santo! ¡Es un santo!...

Y lo acaricia con ese amor desesperado con que acariciamos a los muertos; con ese amor sin límites que quiere dar en un minuto, en el postrer minuto, lo que no pudo o no supo dar en toda una vida.

EL PREFERIDO DE LA SEÑORITA

ENRIQUE Abrijo cursa el cuarto grado. Su maestra, la señorita Roland, estima mucho a este niño «tan caballerito» — como ella dice, — y cuya natural distinción tiene el más vivo contraste en la grosera naturalidad de sus compañeros.

Como la buena maestra no oculta la intensa simpatía que le inspira este niño encantador, ha con-
citado contra él la ciega hostilidad de la clase. El diario martirio a que lo someten concluiría por ab-
tirlo si esa entereza precoz que lo distingue no lo obligase a sobrellevarlo heroicamente.

«El preferido de la señorita» — como lo mote-
jan, — hace un culto de aquella simpatía que, cons-
tituyendo su público baldón, es su íntimo orgullo.

Todas las mañanas acude a la escuela con tiempo
sobrado. Saluda cariñosamente a don Ramón, el

viejo portero que lo conoce desde que estaba en primer grado, y se precipita en el aula vacía a esa hora. Deja los útiles en su banco, la cartera y la gorra en la percha, y empieza a repasar con mística prolijidad los objetos que están sobre el escritorio de la maestra. Cerrando los ojos podría enumerarlos y describirlos todos:

—De izquierda a derecha — diría con ese modito un poco tonto con que recita sus lecciones, — de izquierda a derecha están dispuestos: el florero, que la señorita llena de violetas en invierno y de rosas y glicinas en primavera; el tintero, que yo lavo cada día para renovar la tinta; la caja donde guarda las plumas y los lápices; el frasco para la goma, y un pisapapeles de mármol, que tiene un ángulo roto. Adelante de la carpeta están el cortapapel y las dos reglas...

Ahora Enrique corre hacia los lavatorios para enjuagar el tintero y, cuando vuelve, párase a mirar cómo corretean en el patio algunos pequeñuelos de los grados inferiores, que le tienen respeto porque ya está en cuarto grado y, sobre todo, porque han oído decir que es «el preferido de la señorita Roland»...

Otra vez en el aula, Enrique Abrijo, acecha nerviosamente la marcha del reloj: ¡Espera!

Interrumpe mil veces su tarea porque ha creído oír los conocidos pasos, lentos y leves, de su ídolo. Entreteniendo el tiempo, retoca aquí y allá los deberes escritos del día, y se comporta en esos instantes con la exagerada aplicación de que sólo los niños enfermizos son capaces...

De pronto, la más viva felicidad enciéndele el rostro:

— ¡Buen... día... , seño...rita! — balbucea, viéndola aparecer gentil y sonriente como siempre.

Y es una turbación cada día mayor la que hace vacilar el espíritu del niño cuando la maestra le sonrío en esos encuentros buscados, preparados, soñados...

La señorita está allí, detenida en la puerta, quitándose el guante de la mano derecha con alguna torpeza, y, el niño, que lo advierte, viene en su auxilio, ofreciéndose con el tono de inocente familiaridad que usa en parecidas ocasiones:

— ¡Yo, señorita, yo! ... — Y, hábilmente, la des- embaraza del ceñido guante.

— ¡Gracias, caballero! — dice, con cómica gravedad, la señorita, sonriendo ante el gesto con que Enrique echa hacia atrás la gloriosa melena de leoncillo, que se le ha venido a los ojos...

II

Enrique Abrijo es feliz, muy feliz, más feliz que puede serlo niño alguno en la tierra. Vive en continua exaltación: apenas se insinúa la luz del día entre los postigos de su alcoba, salta del lecho. Corre hasta el cuarto de baño y, aun brillan gotitas en los mosaicos del piso, cuando ya está vestido.

En el comedor lo espera la buena Elisa, que todo lo tiene dispuesto. Enrique, de pie, mordisquea un bizcocho y, sin terminarlo, concluye su desayuno sorbiendo un poco de té.

— ¡No le vaya a contar a mamá, eh! ... — le suplica, aunque no duda de la fidelidad de Elisa, que, a las diez, le dirá a la señora que el niño tuvo mucho apetito: — «Mucho apetito, sí, señora; se sirvió una taza de café con leche y un gran plato de dulce» ...

Elisa sonríe acompañando a Enrique hasta la puerta, y considera bien pagada su complicidad porque el chico nunca da vuelta a la esquina sin hacerle una última señal amistosa. La criada vuelve luego al comedor y lleva el servicio a la cocina, engulléndose el bizcocho desdeñado por Enrique.

Entretanto, el niño llega corriendo a la escuela

y, como no acierta a detenerse en la puerta, tanto impulso trae, sube en dos saltos la brillante escalinata de mármol.

Pasan los minutos y la escuela se va poblando de rumores. Los niños y las maestras se cruzan, saludándose, en los enormes patios. Don Ramón ha terminado la limpieza.

Se acerca la hora y Enrique abandona el aula, donde todo lo ha dejado dispuesto.

Aunque apenas faltan dos minutos para el primer toque de campana, la señorita Roland no ha llegado todavía, y este hecho insólito, que llama la atención general, preocupa a Enrique cuyos ojos persiguen ansiosos la marcha de las agujas sobre la blanca esfera del gran reloj.

El niño no piensa, ni por un momento, que bien puede faltar un día quien ha sido puntual años enteros.

Una ternura inmensa lo traspasa al pensar que su señorita se ha sentido perezosa esta mañana.

Un repique brioso estalla ahora y todos los niños acuden a tomar sus puestos en las filas bajo la mirada vigilante de las maestras.

Y minutos después todos los grados se han dirigido a sus respectivas aulas, pero los alumnos de la señorita Roland permanecen inmóviles en el patio.

Al momento acércase el director. Su cabeza tiene algo de la cabeza del buitre; el cráneo huesudo y estrecho; los ojos claros y acuosos; la faz rasurada; enclenque el cuerpo, los hombros levantados, desmesuradas las piernas. Este es el hombre que les ordena secamente:

—Flanco derecho... ¡Derech! De frente... ¡March!
Y los conduce al aula.

—¡Sentarse! ... — dice una vez en ella.

Enrique ha hecho todos estos movimientos automáticamente.

El director pasa lista. Hay una pausa larga, muy larga, durante la cual los niños cuchichean y el director mira hacia el patio.

—Permiso, señor... — Es el portero que trae una carta en la mano.

—Pase...

Obedece don Ramón, entrega el sobre y sale.

Todos los ojos siguen atentamente los movimientos que hace el director. Una vez que ha abierto y leído la carta, dice:

—La señorita Roland me avisa que no puede concurrir hoy a la escuela; en consecuencia, pasaremos el día juntos.

Enrique no puede reprimirse, y pregunta:

—Señor... ¿Está enferma la señorita?

El director vuélvese hacia él y contesta, marcando mucho las sílabas:

—No-lo-di-ce, se-ñor... — y quédasele mirándolo a los ojos pero, al instante, la dura mirada descien- de cayendo al suelo como líquido que se derrama.

—Saquen los libros...

Enrique abre su libro de lectura y, abandonán- dolo sobre el banco, finge atender a la lección, pero su pensamiento está muy lejos. Piensa:

—¿Es posible que haya de pasar estas cuatro horas sólo? ... ¿Es posible que haya de pasar estas cuatro horas en la soledad y en la tristeza?

Allí nada tiene interés para él: falta la luz, la música, el movimiento, el alma triunfal del aula: la señorita, «su» señorita.

Y deja de compadecerse a sí mismo para sufrir por ella, pues cree que sólo una enfermedad, una grave enfermedad, puede impedirle que acuda a la escuela...

—Lea, señor Abrijo.

La orden viene a arrancarlo de su dolorosa me- ditación. Se pone de pie y, esforzándose mucho, lee mediocrementemente, él que es el primer lector del grado.

—¡Muy pobre su lectura, señor Abrijo!

Desdeñando intentar una disculpa, Enrique vuel-

ve a sentarse y a sumergirse en sus fantasías.

Las horas pasan monótonas, pesadas, interminables. Se propone pedir permiso para retirarse, pretextando una indisposición, pero no se atreve por temor a las burlas de sus compañeros. Ya, durante un recreo, y porque se paseaba a lo largo de los patios, uno de ellos, destacándose de un grupo que le celebró la ocurrencia con grandes carcajadas, le ha dicho:

—Che, ¿qué te pasa, que andás como víbora que ha perdido la ponzoña? ...

Por fin la campana anuncia la anhelada hora de la libertad e instantes después, Enrique Abrijo, que marcha lentamente rumbo a su casa, toma una súbita determinación y, volviendo la cara, corre hacia la esquina, con tanta oportunidad que alcanza a subir al mismo tranvía en que viaja todos los días su maestra.

Veinte cuadras más allá se apea. Camina unos pasos, se detiene ante la casa que busca y, nerviosamente, hunde el botón del timbre.

Espera conmovido y, cuando ya va a insistir, se abre la puerta y se le aparece la señorita Roland, que, agradablemente sorprendida, exclama:

—¡Oh, Enrique! ...

Durante un segundo, el deslumbramiento y la fe-

licidad del niño son tan grandes que le impiden hablar. Pero, por fin, murmura:

—Buen día..., seño...rita...

—Buen día. ¿Deseabas algo, querido?

—Yo... venía a verla, señorita, porque pensé que podía estar... enferma...

La señorita se acerca, le pone las manos en los hombros, como es su dulce costumbre, y le dice:

—¡Querido Enrique! ... — y luego le explica. — Falté porque mamá estaba indispuesta, un poco indispuesta nada más.

—Pero... ¿ya está mejor, no?

—Sí, hijito, muchas gracias. ¿No quieres pasar?

—Muchas gracias, señorita, pero se hace tarde...

— sin embargo, no se decide a irse porque desea averiguar algo más. Teme ser indiscreto. Como la situación se está haciendo embarazosa, vence su natural timidez y agrega, sin atreverse a levantar los ojos del suelo:

—¿Así que mañana va a ir a la escuela, señorita?

—Pero... ¡cómo no!...

—¡Ah, bueno!...

Ahora sí puede irse. Ya está satisfecho.

El aula recobrará mañana la luz, la música, el movimiento, el alma.

—Entonces, hasta mañana, señorita.

—Hasta mañana, Enrique, y muchas gracias.

Y lo saluda cariñosamente las tres veces que él se vuelve a sonreírle antes de llegar a la esquina, pensando complacida en lo mucho que la quiere aquella dulce criatura.

—¿Quién era, hija?

—Enrique Abrijo, mamita.

—¡Pobre chico!... — murmura lá anciana señora.

—Es un caballerito... — termina un poco orgullosa la maestra.

III

Entrando a su casa Enrique piensa que tiene que justificar la demora en que ha incurrido.

—¿Cómo vienes tan tarde, Enrique? — pregúntale la mamá.

—¡Lo habrá dejado en penitencia su célebre señorita! — exclama irónicamente el padre.

—La señorita — dice en tono humilde el niño, — no ha venido hoy.

—¿Está enferma? — interroga, algo inquieta, la madre.

—No, mamita; pero, como en la escuela no sabían nada, yo pasé por su casa, a la salida,

—Me gusta que seas un niño atento, pero antes debiste venir a tu casa, y, una vez conseguido nuestro permiso, haber ido a cumplir con tu maestra — indica el padre, con cierta severidad.

—Estaba tan intranquilo que no pensé en eso... Felizmente, — concluye — la enferma era la mamá.

—¿Cómo felizmente? — estalla la señora, mirando con disgusto al padre, que ríe a más y mejor oyendo el chiste que, sin quererlo, acaba de hacer su hijo.

—No he querido decir eso, mamita... .

Todos ríen, y cuando toma su sitio en la mesa, el niño ya ha olvidado las tristes horas que pasó en la escuela.

Es feliz, muy feliz, más feliz que puede serlo niño alguno en la tierra, porque mañana irá a la escuela «su» señorita.

EL PADRE MIGUENS

EL cura párroco del lugar, el padre Miguens, es un viejo sacerdote español, digno, laborioso, ejemplar; lo que se dice «un alma de Dios».

Entre las pobres casas del pueblo, pocas de ladrillo o adobe, muchas de madera y de cinc; entre los alfalfares, los trigales y los montes, yérguese el campanario de su «hermosa y sencilla iglesita», como la llamará toda su vida. La construcción del templo fué costeada, hace más de veinte años, por devotos señores, propietarios de las estancias vecinas.

El padre Miguens, que desde la fecha de la fundación tiene a su cargo esta casa de Dios perdida en los inmensos y fecundos campos argentinos, estimula a sus feligreses prodigándoles el ejemplo de su modestia, de su desinterés, de su caridad.

Un jardinillo, que el párroco cuida personalmen-

te, embalsama con sus fragancias la sacristía, la salita y las tres celdas que ha destinado para oratorio, alcoba y comedor. En todos estos aposentos, presidiendo la vida del sacerdote, un Santo Cristo tiene preferente lugar.

En la alcoba, que es muy reducida, hay una blanca, estrecha y dura cama, que no le envidiaría un presidiario, una silla de antigua factura, un lavabo y un cofre; en el seno de este último unos granos de incienso perfuman el mísero ajuar del padre Miguens.

El comedor lo llenan por completo una larga mesa y dos largos bancos de pino, obra todos tres de su habilidad; y un negro y lustroso piano.

En el oratorio lucen un pupitre, una silla y un reclinatorio de ébano.

En la sacristía y en la salita, donde suele cumplimentar a sus visitantes, ya hay cierto despliegue de riqueza, pues amueblan la primera un pequeño escritorio, un armario y un sillón de muelles, y adornan la segunda varias butacas, un sofá y una dorada consola.

Pero donde el lujo desborda, es en la única nave del templo que resplandece como una patena con su altar cuajado de luces, con sus altas paredes ornadas de santas imágenes de tela y de bulto, con sus

diez ventanales de colores, con su confesionario, su púlpito y sus parejos escaños artísticamente tallados; con sus lámparas y candelabros de plata maciza. Todo, todo fulge allí porque cada objeto y cada detalle, es motivo de perpetuos, minuciosos cuidados. El cura, el sacristán y los dos monaguillos, en conmovedora emulación, frotan y frotan metales y maderas, vidrios y mosaicos, sin cansarse nunca.

Su iglesuca es el único, el exclusivo afán del padre Miguens, y Dios el único, el exclusivo objeto de su vida.

Pero no creáis por esto que el buen sacerdote se limita a decir misas y que se concreta a sus devociones. No; desde que le pusieron al frente de este curato se ha constituido en defensor de los débiles, en abogado de los oprimidos, en providencia de los indigentes. Más de una vez malvendió su humildísimo ajuar para socorrer a los pobres.

Abriga y sustenta a los huérfanos, cura a los enfermos, vela y amortaja a los que Dios llama a su seno.

Es, pues, como digo, «un alma de Dios».

Este apóstol cristiano, este corazón abnegado, tiene su drama íntimo que yo he conseguido hacerme revelar.

—Hace muchos, muchísimos años, pues a la sazón sólo llevaba yo tres en este curato, cierto día dí asilo en mis habitaciones a un asesino, o, si usted prefiere el eufemismo criollo, a «uno que se disgració». Amparé, digo, al desconocido, le cedí mi lecho y aun le proporcioné caballo para que, a favor de la noche, ganara el monte e internándose en él, burlase a los policías destacadòs en su seguimiento.

Ya con el pie en el estribo, aquel hombre rudo a quien las circunstancias y los modales, todo en fin, me autorizaban a suponerle un corazón empedernido, me susurró tímidamente:

—Padre, allá, en Campo Grande, queda m'hijito. Usté lo bautizó, ¿se acuerda? Mauro se llama y va pa los ocho años... Se lo encargo, y acéteme eso que he dejao en su oratorio.

Sin esperar mi respuesta picó espuelas y desapareció repentinamente; desapareció para siempre, para siempre, como si la tierra se lo hubiese tragado. Días después y muy lejos de aquí, fué hallado el caballo que yo le facilitara. Sin duda, más pronto o más tarde, murió en el fondo de estos montes y, si Dios escucha los ruegos de este humilde pecador, ya le habrá sido perdonado su crimen.

La verdad es que, aquella noche, mi vida, que era

la tranquila y solitaria vida que cumple llevar a un sacerdote modesto y contraído, la misma vida sin complicaciones que usted me ha visto llevar ahora, sufrió un gran vuelco, pues vinieron a quedar en mi poder, a mi arbitrio, bajo mi custodia, un niño, un poncho y un par de estribos.

Allí, en el oratorio, el gaucho habíame dejado un rico poncho de vicuña y dos pesados estribos de plata, sus prendas, su caudal, su orgullo...

Yo me hice cargo, por entonces, de Mauro, mejor dicho, de Mauricio, que, desde aquella época, fué un monaguillo en la iglesia y un rey en mi casa. En aquel niño desvalido puse todas las esperanzas, todas las ambiciones, todos los sueños a que yo renunciara para dedicarme a Dios. Todo lo que para mí había desdeñado lo quise, lo busqué y lo reclamé para él. Mucho me sacrificué por aquella criatura, pero, ¿qué sacrificios no debemos hacer en favor de los huerfanitos?

Fué mi espejo, mi pasión; una pasión que no excluía y ni siquiera enturbiaba la religiosidad que tengo infundida en mi alma, en mi ser mismo, ofrendado todo él a Dios.

Cuando Mauricio cumplió los diez años no era ya el niño casi salvaje, ¡pobrecillo!, que yo encontré en Campo Grande. Yo asistía, encantado, a aque-

lla evolución feliz, a aquella transformación, casi diría transfiguración, que Dios se dignaba realizar por medio de este pobre cura.

Ya poseía nociones elementales de todas las materias cuando descubrí en mi hijo — ¡ah, qué placer experimentaba llamándolo así! — un hermoso tesoro, el tesoro con que el cielo, en su infinita misericordia, premiaba mis afanes y resarcía a Mauricio de su triste orfandad. En efecto, el adolescente reveló excepcionales facultades para el canto. Su vocecita era un trino incipiente, su garganta un cristal maravilloso... ¡Qué emocionante hallazgo!

Mi chinito, mi gauchito, delgado, melancólico, tímido, se crecía al ensayar el canto; emitiendo las notas su pecho y su garganta se expandían como los de un pajarillo envanecido.

Yo mismo, pues la ignorancia es muy audaz, caballero, muy audaz, recordando mis viejos y bellos tiempos del seminario, le enseñé los primeros rudimentos del arte musical y, si antes lo amaba, entonces lo adoré. ¡Cómo gozaba oyéndolo vocalizar!

Pasáronse así dos años, repartiendo mi tiempo, mi solicitud y mi fervor entre mi iglesita y mi protegido. Y aquí surgió el primer tropiezo, al que no habían de tardar en seguir otros, ¡ay!, otros mucho más graves...

El hecho fué que hube de encomendar la educación de mi futuro gran artista a manos más expertas, porque ya, ¡pobre de mí!, Mauricio sabía más que yo.

Su intuición, esa maravillosa facultad, ese misterioso poder adivinatorio, ese preciado don que el cielo otorga a sus elegidos, le allanaba todos los obstáculos, todos los escollos del aprendizaje.

Cuando ya me resolvía, — ¡Dios sabe con qué dolor de corazón! — a internar a Mauricio en un gran colegio porteño, vale decir, a separarme de él, nombraron jefe de la estación ferroviaria del pueblo a un cordobés — ¡quién sabe dónde andará ahora si no ha dejado ya este mundo!, — a un cordobés, digo, hombre muy juicioso y que, por una de esas felices casualidades que se dan en la vida, era buen músico. En sus tiempos había sido diplomado con «medalla de oro» en uno de los conservatorios más famosos de la docta ciudad.

No sé por qué razón, pues sobre ser juicioso era discretísimo el hombre, por aquellos tiempos de que le hablo ya había arrumbado su violín y sus caras ilusiones de artista.

Accediendo a mis ruegos encargóse él de sacar adelante a Mauricio, pero, como no poseíamos piano, ni lo había aquí, el profesor se ingeniaba y

martirizaba vanamente para suplir este precioso instrumento con el armonio del coro y con su ya afónico violín.

¡Cuánto sufrí viendo a mi prodigioso cantante condenado a malograrse por carecer del piano que a aquella altura de su carrera se volvía más y más imprescindible!

Se malograría sin remedio.

Así perdimos un año, y otro, y otro más. ¡No, no era posible! Naufragábamos definitivamente. Era aquélla una dificultad insuperable para mí. Y nos resignamos los tres a ver deshecha, perdida, la gloria en que soñábamos.

¡Ah! pero la misericordia de Dios es imponderable, y mandó en nuestro auxilio a un comerciante recientemente establecido en el lugar y que simpatizó mucho conmigo.

Era un señor Arrieta, Julián Arrieta, entrerrrriano, hijo de vascos, noblote y sencillo como una moneda de oro. El me ofreció servirme de fiador para que yo pudiese adquirir un piano cuyo importe me comprometí a abonar en diez cuotas mensuales. ¡Imagínese usted! ... ¡Los disparates que hace el corazón! Así, con mis escasos medios, eché sobre mis espaldas, sobre mi flaca hacienda, la obligación impostergable, sofocante, fatal, de pagar diez cuan-

tiosas cuotas mensuales... ¡Un disparate, señor!
¡Un sublime y terrible disparate!

Para responder a mi firma economizábamos sobre nuestra salud, sobre nuestra sed, sobre nuestra hambre... Pero no por eso nos arredrábamos. Vivíamos a pan y agua y hasta competíamos en sobriedad y en abnegación, empeñándonos cada uno en cederle al otro la corta porción de pan que nos correspondía, reservándonos el agua únicamente...

Y, créame usted, comprobamos, experimentándolo largos meses, que el pan y el agua bastan y sobran cuando se vive para la gloria.

Los dos pasábamos días enteros sobre ese piano. ¡Véalo usted! Quince años lleva ahí, negro y lustroso como el primer día. Perdón, no lo abra usted, señor. ¡Tengo hecho este voto!

¡Jamás se cuidó tanto instrumento alguno en la tierra!

La alegría llegó con él a mi casa, yo pensé que para siempre... ¡Dios no lo quiso así!

¡Mi sueño se cumplía!... Pero qué cruentos dolores me costó aquella preciosa adquisición...

La primera cuota pude pagarla con relativa facilidad; la segunda ya me afligió un poco y algo más la tercera. La cuarta ya no pude atenderla oportunamente, y recibí una severa conminación de

mis acreedores. No sé cómo reuní el dinero necesario y cumplí. Pero el quinto plazo se me vino encima sin que pudiera munirme del efectivo correspondiente y llegaron, una tras otra, dos enérgicas reclamaciones y, sobre ellas, esta perentoria amenaza: Si a vuelta de correo no giraba el importe, retirarían el piano sin más trámite, ya que así lo autorizaba una cláusula del contrato leonino que me obligaran a firmar.

Me decidí, envolví el poncho y los estribos del gaucho, aunque constituían para mí un depósito sagrado, y salí resuelto a deshacerme de ellos para que Mauricio no viera tan malhadadamente interrumpidos sus estudios.

Lleguéme a la casa del señor Arrieta, le referí de pe a pa mi angustiada situación, puntalicé, a su pedido, el monto de lo que aun adeudaba — ¡una cantidad fabulosa para un pobre cura de campaña como yo! — mencioné la carta que acababa de recibir, más terrible por cierto que una puñalada, y, por fin, le ofrecí en venta aquellas nobles prendas por tan extraño modo llegadas a mis manos.

Conmovido ante mi no disimulada aflicción, el señor Arrieta consintió en ayudarme y aceptó el traspaso del poncho y los estribos; segundos después aleteaba en mis manos el cheque con que pu-

de satisfacer, por una vez más, a mis exigentes acreedores.

¡Ah, qué días, qué días de ilusiones y amarguras, a cual más intensas, fueron aquéllos para mí!

Una semana más transcurrió y, una tarde, regresando de la gira que mensualmente realizo para atender a mi feligresía, encontré, al entrar en mi oratorio, allí mismo donde una noche inolvidable los dejara su primitivo dueño, el poncho de vicuña y los estribos de plata. Junto a ellos un sobre, que encerraba un cheque y una esquelita, me dió la solución de aquel enigma. Firmaba ambos el señor Arrieta. Me decía: «Estimado Padre: El éxito de una operación comercial me permite hacerle este pequeño obsequio que le ruego me acepte. Quiero que se dé la satisfacción de saldar ya mismo esa cuentita del piano».

Fué un golpe muy grande para mí. ¡Caí de rodillas, señor! Aun había hombres buenos en el mundo y el señor Arrieta era uno de ellos...

Desde ese día y gracias a aquel buen corazón, se dulcificó nuestra existencia; de allí en más mis desazones se redujeron a los acostumbrados disgustos que a todo pastor proporciona su rebaño. También solía darme algunos mi hijo, encaprichándose tal cual vez, prodigando tontamente su voz, aprendien-

do insulsas canciones de moda, desobedeciendo las desinteresadas y sabias indicaciones de su profesor... En fin, pequeñeces...

Sí, señor, ¡pequeñeces!

Yo era feliz, feliz... Mi niño progresaba mucho. Mi satisfacción era inmensa aunque ahora se presentaba el más grave obstáculo, porque Mauricio entraba ya en la edad en que los cantantes exigen la atención de los especialistas.

Una última vez la divina providencia oyó mis ruegos, y obtuve para mi hijo la poderosa protección de un senador nacional que lo llevó a Buenos Aires y luego lo envió a Milán, costeándole los estudios y todas sus necesidades.

Mientras estudió en Buenos Aires, Mauricio me escribió con relativa frecuencia, contestando cortésmente, sólo cortésmente, a casi todas mis cartas. Yo no quería abrir los ojos a la evidencia, pues, allí, mimado ya por la fortuna, empezó a olvidarme.

Un día, sin haberme anunciado siquiera su partida para el extranjero, recibí un breve billete fechado por él en Milán. ¡Su última carta!

En aquella ciudad perfeccionó sus facultades y se hizo el gran cantante que es hoy. Cuatro años pasó en Europa y yo disculpé siempre su silencio. El arte, señor, llenaba todas sus horas; el arte y

sólo el arte me robaba su cariño; no era un ingrato, no me olvidaba...

Usted me comprende... ¿verdad?

Y yo le escribía siempre; todas las semanas el correo le llevaba mis consejos y mis cariños. Yo soñaba con él.

Tenía noticias suyas porque su Mecenas, el gran señor de quien le he hablado, era muy atento conmigo y contestaba o hacía que su secretario contestara a mis cartas. Alguna vez hasta me remitió diarios italianos que elogiaban a mi hijo y le predecían un soberbio porvenir.

Después Mauricio vino a la Argentina, incluido en un elenco ilustre contratado para el Teatro Colón.

Esperé sus cartas... su visita... ¡Nada!

Una enfermedad me impidió ir a verlo a Buenos Aires, y cuando sané ya no estaba Mauricio en el país. Ahora anda por Norte América... Ya no le escribo... ¡Ya no lo espero!

En adelante viví y aún vivo la misma vida de mis primeros años al frente de este curato, llenando fervorosamente mi misión. Y, cuando mi iglesia se queda solitaria, en los crepúsculos y en las noches, tan largas, acaricio este piano que no abrieron jamás otras manos que las suyas, y, desesperado ante tanta ingratitud, doblo la cabeza sobre

esta tapa para llorar como se llora sobre el ataúd de un hijo.

¡Me ha olvidado! ¡Me ha olvidado!... ¡Se ha olvidado de mí, que hice de él mi razón en el mundo!

Es triste, muy triste mi vida...

Véame usted, viejo, caduco a los cincuenta años...

Ciertas noches, tristes entre todas mis noches, cansado de leer sin fruto y de rezar sin consuelo, apago la vela que alumbra mis vigiliass dolorosas, y, tendido en mi lecho, cierro los ojos y rememoro las angustias del tiempo aquel en que Mauricio aun estaba conmigo. ¡Cuántos años han pasado! Tantos que ya su silueta y su rostro se han desvanecido en mi memoria... El único recuerdo que aún subsiste en mí, porque es imborrable, porque es indeleble, es el timbre de su voz poderosa, entera, vibrante, fina...

En la alta noche me despierto y, entredormido, creo oír una música sagrada, conmovedora, ideal. Tiendo el oído; acordes suavísimos aletean y luego, como el suspiro de la brisa entre el follaje, nace de ellos la armonía exquisita de la voz humana, de la voz de Mauricio, de la voz inolvidable que canta, igual que antaño tantas veces, la Serenata de Schubert...

Y escucho con tan recogido fervor, que yo no sé decir si aquellas dulces angustias son las del éxtasis o las de la agonía...

Como un autómeta, como un sonámbulo, abandono mi lecho y, atraído por la resonancia de este piano y por la potencia asombrosa de la voz de mi hijo, llego hasta aquí.

¡Ah, vengo movido por la fe en la misericordia de Dios Todopoderoso que va a obrar un milagro, devolviéndome a Mauricio, devolviéndome a mi hijo que vendrá al fin, a llevarme consigo!...

Pero no, sueño despierto; el aposento está como siempre solitario, y el piano cerrado para siempre.

Herido por el rayo de la terrible evidencia caigo en tierra sin sentido, y así me encuentran muchas mañanas al pie de este piano...

Hasta que un día el Señor se apiade de mí, y, al querer auxiliarme como en tantas otras ocasiones, me hallen muerto...

¡Ingrato! ¡Ingrato!

Así habló el padre Miguens.



I N D I C E



	<u>Pág.</u>
Su primera carta.....	5
El renguito.....	25
José María.....	31
Padrino.....	51
La Pingüina.....	65
Un ladrón.....	85
El preferido de la señorita.....	95
El padre Miguens.....	107

ALGUNAS OPINIONES

«Hállome con un escritor perfecto, porque además del artista que se impone de entrada, en el primer ademán, en su línea, en su apostura, surge en cada uno de sus cuentos el psicólogo admirable, el conocedor de los matices de almas, el habilidoso músico de aquella otra flauta a que se refería Hamlet.» — David Peña.

«Padrino» está impregnado de sentimiento, vale decir, de lo más bueno y perdurable que un escritor puede poner en sus páginas.» — Benito Lynch.

«No hay duda que este autor, que hace bellos cuentos para entretener a los niños, hará, cuando se lo proponga, páginas superiores en un género literario que, como el del cuento, es frecuentado con tan poco éxito entre nosotros.» — «La Prensa».

«Uno simpatiza con el señor Berdiales porque es, como se adivina a causa de haber simpatizado conmigo, un noble autor, pues yo sólo simpatizo con los hombres de corazón hidalgo.» — Tomás de Lara, en «Criterio».

«¡Qué ternura, qué poder descriptivo, qué suma de conocimientos de campo ha puesto usted en su obra!» — Justo P. Sáenz (h.), en «Vida Literaria».

«Son sencillas, dulces, confortantes páginas que los niños le agradecerán.» — Ernesto Morales.

«En sus relatos se mezclan armoniosamente la gracia, el ingenio y la ternura.» — Rafael Alberto Arrieta.

«El autor ha querido y lo consiguió, reflejar el espíritu que debe animar a las narraciones dedicadas a los niños.» — «La Nación».

«Matías, el protagonista del cuento «Padrino», es un ensayo realista de psicología infantil, y uno de aquellos que han de quedarse en la memoria entre la galería de retratos de niños; Matías, como el Trott de

Lichtenberger, como el pequeño David Copperfield, es un niño «de veras» y como tal se impone a nuestra simpatía, enterneciéndonos con su historia y con la vehemencia de su dolor juvenil.» — Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, en «Ichthys».

«El carácter moral y el espíritu un tanto didáctico que Vd. ha querido imprimir a sus cuentos, está tan discretamente infundido dentro del elemento literario, que no llega en ningún momento a desnaturalizar el valor artístico primordial en esas narraciones. Esta conciliación es tan difícil de lograr, que su realización comporta un gran mérito y atestigua las superiores aptitudes que Vd. posee como escritor.» — Alvaro Melián Lafinur.

«Ud. escribe para los niños pero sabe también emocionar a los grandes. Yo he leído sus cuentos a mis alumnos, y he pulsado en ellos un gran interés y una ternura piadosa por sus pequeños personajes. Cuando Ud. ubica los relatos en el campo advierto aún una mayor profundidad lírica.» — Fermín Estrella Gutiérrez.

«Usted conoce como muy pocas personas el alma y el corazón del niño. Se comprende que ama usted a los niños que los ha estudiado de un modo único y que posee un maravilloso don de observación. Además, su manera de escribir es tan sencilla, tan tierna y llena de bondad, que en todos los cuentos logra arrancar lágrimas de emoción. En muchos instantes se acerca usted al inmortal de Amicis, sobre cuyo «Corazón» he llorado de niño, y volvería a llorar si lo volviese a leer...» — Enrique de Gandía.

«En «La Pingüina», narración tejida sobre el tema de aquel tan conocido poema «Mamboretá», de Evaristo Carriego, el autor logra un cuento delicado, una pequeña joya, de esas que emocionan al lector, dejando un agrí dulce recuerdo en la memoria.» — «El Diario».

«Pocos pueden disputar en estos momentos el alto puesto que en el país, como escritor, ocupa Berdiales en este género literario, puesto al que llegó por su indiscutible talento y su labor fecunda.» — Víctor Mercante, en «Revista de Educación».

50
Lij
1932
BER

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
GRÁFICOS ARGENTINOS DE
L. J. ROSSO - B. AIRES, EL
DÍA 21 DE JULIO DE 1932.

ILUSTRO OSCAR SOLDATI

CONSTRUIR CANTANDO



GERMÁN BERDIALES,

